MARIANO GOLOBARDAS Y RAMÓN ALMICROA

EL ÚNICO SEÑOR

COMEDIA DRAMATICA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL

Copyright, by M. Golobardas y R. Almicroa, 1922

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
CALLE DEL PRADO, NÚM. 24

1922

EL ÚNICO SEÑOR

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous le pays, y compris la Suede, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

460:9

EL ÚNICO SEÑOR

COMEDIA DRAMÁTICA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MARIANO GOLOBARDAS Y RAMON ALMICROA

Estrenada en el Teatro Goya, de Barcelona, con éxito clamoroso, la noche del 6 de octubre de 1922.

MADRID
Sucesores de R. Velasco, Marqués de Santa Ana, 11 dup.°
TELÉFONO, M 551
1922

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JACOBO MANDERSON (38 años)..	Francisco Morano.
MARGARITA (23 años).....	Amparo F. Villegas.
IRENE (30 años).....	Eloisa Vigo.
DOÑA ÁNGELES (50 años).....	Pilar García.
CASTITA (18 años).....	Angeles Morano.
ISABEL (20 años).....	Luz Carrillo.
EL MARQUÉS DE ROMERALES (50 años)...	Francisco Comes.
PEPE ROMERO (48 años).....	Augusto Barbosa.
DON MIGUELITO (40 años).....	José M.ª Cañizares.
RAFAEL (23 años).....	Joaquín Puyol.
WILL (28 años).....	Miguel Arenas.
ANTONIO (50 años).....	Francisco Calvera.
CRISTÓBAL (26 años).....	José M.ª Lado.

EN MADRID.—ÉPOCA ACTUAL

Derecha e izquierda del actor.

NOTA. Las palabras inglesas que hay en la obra, están escritas tal y como deben pronunciarse.

ACTO PRIMERO

El foro estará constituído en su ángulo izquierdo— y ocupado próximamente en la tercera parte del mismo— por una lujosa tribuna de cristales que avanza al fondo. En ella, una mesita, con periódicos, fumadero, etc. Silloncitos, «chaise longue» con profusión de almohadones claros y elegantes. Algunas plantas. Esta tribuna se supone tiene una puerta en su parte izquierda (primer término), que conduce a la terraza y al jardín. Las dos partes restantes que componen la derecha del foro de la decoración, constituyen un solo paño de pared, abierto en un gran arco, de acceso a lujoso comedor, con amplios ventanales en su fondo. Grandes cortinones de tela clara y rica, corridos, ocultan— hasta el final del acto— este comedor a la vista del público. En el lateral derecha, puerta grande que conduce al vestíbulo y a la calle. En lateral izquierda, puerta de comunicación a las habitaciones particulares. El decorado y mobiliario del saloncito, claro, lujoso y de refinado gusto. Lámpara, alfombra, butacas cómodas, mesitas y cuanto pueda contribuir al elegante ornato de la escena.

La tribuna de cristales afora con jardín frondoso y alegre. Planta baja. Una limpia mañana de fines de septiembre.

—

(Al levantarse el telón, estará sentado casi en el centro de la escena el MARQUÉS DE ROMERALES; simula leer un libro que tiene entre sus manos. RAFAEL, nervioso, fuma y pasea. Gran pausa. El Marqués le observa, mirándole por encima de las gafas de concha que lleva puestas.)

Rafael (De pronto.) ¿Decididamente, me niega usted la recomendación que le pido?

Marqués Decididamente. No estoy dispuesto a que mi nombre sirva de amparo a tu holgazanería... o quizá para algo peor.

Rafael (Protestando.) ¡Tío!

Marqués ¡Sobrino! ¿Crees que he olvidado lo que hiciste con Peñálvez? Fué una hazaña.

Rafael (Con cinismo.) ¡Bah!... No hay que ser tan puritano, querido tío... (El Marqués le mira con asombro e indignación.) Cuando *esas cosas*... se saldan, la falta desaparece.

Marqués Según tu criterio. Según el mío, cuando se pierde la honorabilidad, se pierde todo.

Rafael (Riendo.) ¡Esas son antiguallas!... Cuentos de los fenicios.

Marqués (Molesto.) Tal vez; pero que no se repita el caso, porque entonces, no teniendo con qué restituir, irás a la cárcel.

Rafael (Poniéndose en pie.) ¿A la cárcel?

Marqués ¡No lo dudes! (Breve pausa.)

Rafael Afortunadamente en España no se encarcela por deudas. (Cínico.)

Marqués (Enérgico.) Pero sí por estafas.

(Nueva pausa. El Marqués vuelve a su lectura y Rafael a sus paseos.)

Rafael (Con coraje.) Reconozco que he sido un necio al esperar... pero, la verdad, no creí que me abandonase usted en absoluto.

Marqués ¿Abandonarte? ¿Por qué? Si tú... ya no me necesitas. (Irónicamente.) ¿No vas diciendo por ahí, que eres un genio en la pintura? ¿No te has gastado lo poco que te quedaba, en montar un taller, un *Estudio?* (Con intención.)

Rafael (Con despecho.) Y espero que al convertir en profesión lo que hasta ahora cultivé como un adorno, saldré triunfante de todo.

Marqués Lo celebraré muy de veras.

Rafael (Irónico.) Muchas gracias... Si fracaso...

Marqués (Riendo.) ¡Ca!... ¿Y tu talento?...

Rafael (Muy nervioso.) Desapareceré de Madrid... me marcharé a América... al Congo... ¡al infierno! Todo, antes que molestar a usted nuevamente.

Marqués Harás bien, porque no estoy dispuesto a sostener tus vicios.

Rafael (Cínico.) Muy agradecido.

Marqués (Irónico.) Siempre a tus órdenes.

(PEPE entra por la izquierda.)

Pepe (Entrando.) Ya estoy aquí. (Al reparar en Rafael.) Hola, Rafael.

Rafael (Preocupado.) Buenos días.

Pepe (Al Marqués.) ¿Estarías impaciente por mi tardanza, verdad?

Marqués Lo estaba. (Mirando un instante a Rafael, y al ver que éste no hace intención de marcharse.) Tendrás que perdonar que te despida, pero necesito hablar a solas con Pepe.

Rafael Entonces, con su permiso... Haré tiempo en la biblioteca; Margarita me ha invitado a almorzar; por eso he venido tan temprano. (Pepe frunce el ceño y el Marqués reprime su contrariedad.)

Marqués Bien está... Espera allí.

Rafael (Sonríe.) Esperaré. Hasta luego. (Vase derecha.)

Marqués ¡No tiene remedio! ¡En fin! Siéntate, Pepe... siéntate, y dime lo que hay. ¿Viste a esos señores?

Pepe (Sentándose y con desaliento.) Los he visto: he hablado con Carson y con el gerente de la Banca de Crédito.

Marqués Por el tono en que lo dices, adivino el fracaso.

Pepe Ha sido completo. ¡Ay, cuñado mío! ¡Ay, querido hermano! A los hombres escrupulosos como tú; a los nobles de abolengo, que de buenas a primeras se meten en negocios, forzosamente han de ocurrirles descalabros como éste. El que hipoteques y vendas tus fincas, para comprar minas, es como si yo vendiera mi toga, para comprarme una mitra.

Marqués Suprime las reflexiones.

Pepe Verdad; para lo que te han servido... (Pausa.) Pepe enciende tranquilamente un cigarrillo.) ¿Y de Jacobo, sabes algo?

Marqués El era mi última esperanza: si Jacobo se asociara conmigo en la empresa minera de Levante, procederíamos a su explotación... y quizá esto pudiera salvarme.

Pepe Pero... ¿todavía crees en la bondad de esas minas?

Marqués (Reprimiendo un gesto de coraje.) Para el caso como si no creyera. (Sentándose junto a Pepe.) Después de la rotunda negativa de todos aquellos a quienes hice proposiciones, Jacobo era el único que podía inclinar la balanza en mi favor, pero en lo que va de mes, le he puesto dos cables, y... nada; ni se ha dignado contestarme.

Pepe Es muy extraño... muy extraño...

Marqués Es natural... La ingratitud es la única verdad que se encuentra fácilmente en la tierra. Jacobo me lo debe todo; nació en mi casa de Bilbao a los pocos meses de haber salvado yo la vida a su padre, Jimmy Manderson, expatriado en España a causa de graves sucesos políticos en su país. A la muerte del pobre Jimmy, fuí para Jacobo—tú lo sabes—, más que un amigo, su segundo padre. Le eduqué, le hice hombre, y cuando por su talento, su clarividencia en los negocios pudo serme útil, se separó de mí, embarcando para New York, a pretexto de hacer valer sus derechos en unas tierras que en Baltimore dejó abandonadas, en la huída, su infeliz padre.

Pepe Era lógico que el muchacho quisiera vivir sin ayuda de nadie, por impulso propio.

Marqués No lo discuto; pero me duele que haya olvidado mi comportamiento y mi cariño.

Pepe Ciertamente .. pero por qué creer en el olvido y no en un contratiempo cualquiera... ¡Quién sabe!... No hay que ser pesimista, Salvador.

Marqués Ten la seguridad, que si Jacobo, en vez de triunfar como ha triunfado, hubiese fracasado, no habría dejado de responder a mi demanda con prontitud. El que se encumbra fácilmente, el que por azar, por suerte o por esfuerzo titánico—no lo niego—llega a verse millonario... se olvida de todo; ¡le falta tiempo para pensar en sí mismo!

Pepe (Poniéndose en pie.) Vamos... Salvador, hoy estás de una negrura aterradora.

Marqués La nobleza que no se lleva en la sangre, no se improvisa. Me está bien merecido, por tratar de igual a igual a quien no lo era.

Pepe No eres justo. Quizá Jacobo no estaba en New York...

Marqués Me consta que estaba... que está. En fin, no hablemos más de este asunto. Ya, aunque conteste, será inútil. Ponerse de acuerdo a tal distancia no es obra de un día. Cuando las casas se desmoronan así... rápidamente... ¡fatalmente! no hay espera posible.

(Entra MARGARITA por la izquierda; detrás ISABEL con un gran manojo de flores.)

Marg. (Alegremente.) Buenos días, tío Pepe.

Pepe (Yendo a besarla.) Hola, Margarita.

Marg. No esperaba encontrarte aquí, tan de mañana. (Margarita se dirige al encuentro del Marqués. Besando a su padre respetuosamente en la frente.) ¿Qué tal, papá?

Marqués (Preocupado.) Bien, hija... bien.

Marg. ¿Te ocurre algo?

Marqués Nada.

Marg. Creí que estabas malo... (A Isabel.) Isabel, lleve usted estas flores al comedor. Son para la mesa: usted se encargará de que todo esté muy bien, ¿verdad?

Isabel Como mande la señorita.

Marg. Me fío más de usted que de Luis... Usted tiene mejor gusto. Ah, y dígale a Cristóbal que suba unos paquetes que hay en el auto y los deje en el *office*: allá se las compondrán con ellos.

Isabel Bien, señorita. (Mutis por el comedor.)

Marg. Jesús, qué sofoquina. (Quitándose el sombrero.)

Marqués ¿Puede saberse qué significa todo este aparato?

Marg. Significa que mi amiga Inés y su marido, salen mañana para su viaje de boda; Dios sabe cuándo volveré a verla, porque al final de su excursión, embarcarán para Norteamérica.

Pepe Verdad; he visto el nombramiento de Alvareda para nuestra embajada en New York.

Marqués ¡Ya! Y... ¿los has invitado a almorzar?

Marg. Sí... ¿te disgusta?

Marqués Tanto como disgustarme... pero, no estoy hoy para jaleos ni convites.

Marg. Pues... (Sin atreverse a terminar la frase.) sí que la he hecho buena... porque...

Marqués (Impaciente.) ¿Qué?

Marg. (Temerosa.) ¿Te vas a enfadar?

Marqués Concluye.

Marg. Como al hacer ayer tarde la invitación, estaban presentes Irene Mendoza y Migueliito, los invité también.

Marqués Y, por si era poco... incluiste en lista a ese... zascandil de Rafael.

Marg. ¿Te lo ha dicho?

Marqués Sí; no me explico este afán tuyo en protegerle.

Marg. Papá, no me regañes, que te pones muy feo.

Marqués (A Pepe.) ¿Qué te parece? Estas son las consecuencias de la educación inglesa. Mucho sport, mucha libertad, demasiada libertad. Dispone de todo a su antojo; entra, sale cuando le da la gana, convida a todo el mundo a mi mesa, y yo no soy más que un pelele, del cual tiene derecho a abusar esta señorita.

Marg. (Desorientada.) Pero... ¿De veras te has enfadado?

Marqués (Sin responder a su pregunta.) ¿Crees tú que se pueden traer a almorzar así como así, cinco personas?

Marg. (Tímidamente.) Siempre te pareció bien... Nunca me digiste...

Marqués (Desconcertado.) Hasta hoy, siempre me ha parecido bien, pero desgraciadamente, de hoy en adelante habrá que contar conmigo para eso y para todo.

(Dando media vuelta gana escena a la izquierda visiblemente preocupado. Margarita dirige a Pepe una mirada, y éste se encoge de hombros eludiendo contestar. Margarita yendo hacia su padre.)

Marg. Perdona; así lo haré.

Pepe Bueno, Salvador, como ya no hay quien te libre de esas cinco bocas, lo más prudente es que cambies de tocata.

Marg. Tiene razón el tío Pepe... No me pongas esta cara; no estoy acostumbrada a que me trates así, y me da mucha pena. (Acariciándole.) Vamos... desenfurrúñate... ¡papá!

Marqués (Volviéndose hacia ella, la coge por ambos brazos, la mira un instante con cariño, y atrayéndola luego suavemente.) ¡Pobre hija mía! (Besándola.) Perdóname; estoy muy nervioso.

(Pasa con disimulo la mano por sus ojos, y va a sentarse a la izquierda, Margarita dirigiéndose a Pepe.)

Marg. ¿Ocurre algo?...

Pepe (Eludiendo.) No sé... Importante, no; no creo.

Marqués Sí, Margarita; sí, ocurre; y es necesario que entren las cosas de esta casa por su verdadero cauce.

Marg. (Con sorpresa.) No comprendo...

Marqués Los años no pasan en balde; mis negocios van mal, tan mal, que empieza a preocuparme gravemente, cuál pueda ser nuestra situación... ¡tu situación! si llego yo a faltar pronto...

Marg. (Con importancia.) Me asustas... (A Pepe.) ¿Pero es verdad, tío?

Pepe (Serenamente,) Desgraciadamente sí, hija mía. (Breve pausa.)

Marqués Ya tienes edad suficiente para comprender mis palabras y.. hacerte cargo; sobre todo para que yo pueda pedirte algo más que esa frivolidad y esas genialidades que la gente te achaca y que distan mucho de ser tu verdadero carácter. (Margarita hace intención de hablar, pero el Marqués no le da lugar a ello insistiendo rápidamente.) Te conozco lo bastante para poder asegurarlo.

Marg. ¿De modo que te pesa . en serio, te pesa haberme educado... con cierta libertad?

Marqués Aunque me pesara, como el pasado no tiene remedio, voy a rogarte hija mía, que pienses en el mañana, que reflexiones. El ambiente en que vivimos, y del que todavía no te has dado cuenta, por lo que veo, reduce a la nada,—injustamente, pero es así—a la mujer que no cuenta con un apoyo... con un complemento...

Marg. Entiendo... es necesario que me case... con un hombre rico... ¿no es esto?

Marqués Si la riqueza trae aparejada un nombre ilustre, tanto mejor.

Marg. ¿Y si no es así?

Marqués Con el nombre, y con el caballero me bastan; que para la materialidad de comer, no creo que haya de faltarte.

Pepe No están los tiempos para darle tanta importancia a la Heráldica, Salvador.

Marqués (Dignamente.) Ni los blasones tan por los suelos, que se pierda la pureza de una raza, a cambio del oro de un advenedizo, Pepe.

Pepe No he querido ofenderte... ¡caramba, cómo estás hoy! Es una opinión. ¿No piensas tú así, Margarita?

Marg. Si del corazón prescindimos... tal vez. Pero los corazones, no pueden ni deben venderse, por un título más o por unos cuantos miles de renta.

Marqués (Con despecho.) Antiguallas... novelas...

Pepe (Aparte.) Lo sospechaba... Llegamos tarde.

(Entra CRISTÓBAL por la izquierda con una bandeja en la mano y en ella un telegrama.)

Crist. Señor Marqués.

Marqués ¿Qué hay, Cristóbal?

Crist. Un telegrama para el señor.

Marqués A ver, a ver... (Cogiendo el telegrama y abriéndolo.)

Marg. ¿Estará peor tía Luisa?

Marqués (Con emoción.) ¡Jacobo!

Marg. ¿Cómo? ..

Pepe (Con alegría.) ¿Es de él?

Marqués Sí: fechado ayer mañana en Barcelona. ¡Qué servicio! «Desembarqué y salgo esta tarde para Madrid.»

Pepe Entonces llega hoy en el exprés.

Marqués (Consultando el reloj.) Son las diez...

Pepe Dentro de media hora le tenemos aquí.

Marqués Cristóbal, que preparen el auto en seguida. (Mutis de Cristóbal por la izquierda.)

Marg. Oye, papá, ¿ese Jacobo es Manderson?

Pepe El mismo.

Marg. ¡Mi padrino! ¡Qué alegría volverle a ver!

Marqués ¿Te acuerdas de él?

Pepe Eras tan chicuela cuando embarcó...

Marg. No tanto; ya tenía diez años. Recuerdo que al despedirse me cogió en brazos, y besándome me dijo: «Adiós muñeca — me llamaba así siempre—, no llores, que tu *padrecito* promete no olvidarte nunca.»

Pepe Y cumple su palabra.

Marqués Sí, pero en. . doce años, esta es la primer noticia que he tenido de él.

Pepe Tú, naturalmente; pero nosotros...

Marg. ¿Vosotros? Yo nunca os he oído hasta ahora...

Pepe (Cómicamente.) Claro, como que nunca estás en casa... ¿verdad, Salvador? (Ríe.)

Marg. ¡Muy bonito!... Para que papá vuelva a regañarme.

Pepe Al contrario, debe estar tan contento, que seguramente te permite aumentar el número de tus invitados.

Marg. (Al Marqués.) ¿Es de veras? ¿Podrán ser seis... los comensales?

Marqués Siete, porque Pepe se quedará también. (Sonriendo.)

Pepe ¡Ja!... ¡ja!... Tienes un carácter fiero.

(Margarita, alegre, se dirige al comedor y corriendo ligeramente la cortina.)

Marg. ¡Isabel!... ¡Isabel!...

(ISABEL por el foro, queda junto a Margarita con quien habla.)

Crist. El auto, señor Marqués. (Mutis.)

Marqués Gracias. ¿Qué deduces de este telegrama?...

Pepe Pues... que llega...

Marqués (Amoscado.) Hablo seriamente.

Pepe Y yo.

Marqués Jacobo es bueno... muy bueno... y listo...

Pepe Sí. ¡Tiene mucho dinero!

Marqués (Respondiendo a su idea) ¡En este mundo hay siempre Providencia!

Pepe (Irónico.) ¡Siempre! Y cuanto más dinero... más Providencia.

Marqués (Empujando jovialmente a Pepe hacia la izquierda.) Anda, hombre... Anda. Hasta luego, hija mía.

(El Marqués y Pepe hacen mutis por la izquierda. Al iniciar el mutis los primeros, entra por la derecha RAFAEL, deteniéndose al entrar.)

Marg. Adiós... ¿Se ha enterado usted bien?

Isabel Descuide la señorita, que nada faltará. (Mutis foro.)

Rafael Margarita...

Marg. (Vivamente sorprendida al volverse y al verle.) ¡Ah!... ¿Estabas en casa?

Rafael En la biblioteca, haciendo tiempo, porque me echó de aquí tu padre. Recibí tu invitación y te la agradezco... (De pronto.) ¿Estás sola, verdad?

Marg. (Recelosa.) ¿Por qué lo preguntas?

Rafael Por... nada. Tío Salvador y Pepe salían precipitadamente.

(La mira con deseo. Margarita se azora y tras un corto silencio.)

Marg. Han ido a la estación; pero volverán pronto. (Nueva pausa.) Siéntate si quieres.

Rafael (Sentándose.) Gracias. (Irónico.) Ceremonioso está el tiempo.

Marg. Voy a arreglar algunos pequeños detalles de la mesa... Perdona... que te deje solo. (Sonriendo.) Tú... eres de confianza.

(Inicia el mutis hacia el foro, pero Rafael se pone en pie vivamente.)

Rafael Espera. Tenemos que hablar.

Marg. Luego hablaremos.

Rafael ¡No! Ahora.

Marg. ¿Es tan urgente?

Rafael (Secamente.) Sí.

Marg. Me asustas. ¿Qué te sucede?

Rafael Debías suponerlo.

Marg. ¿Estás enfadado conmigo?

Rafael Poco contento. Llevo dos días esperándote inútilmente en el estudio.

Marg. ¡Qué locura!... ¡Calla... calla!

Rafael Pues no te asustas tú poco... te desconozco... ¿Puede saberse a qué obedece este cambio? ¿Por qué no has ido al estudio?

Marg. No sé... no sé. . (Pausa.) He reflexionado...

Rafael (Con ironía.) ¿Has reflexionado? ¡Ya!... (Burlándose.) Ahora me explico el por qué no quieres quedarte aquí, conmigo. ¡Qué dirían los criados!... ¿Verdad? ¡Qué diría la gente! (Ríe nervioso.)

Marg. (Apenada.) Eres injusto, Rafael.

Rafael No te apures; si me hago perfecto cargo. Vete, vete...

(Sentándose saca un periódico del bolsillo y se pone a leer cínicamente. Margarita permanece un instante en silencio. Luego, yendo tímidamente hacia él.)

Marg. Rafael...

Rafael (Afectando sospresa.) ¡Ah!... Pero.. ¿Estás aquí todavía?...

Marg. Pronto empezarán a llegar los invitados y tú eres uno de ellos. Tengo el deber de recibirte.

Rafael No deja de tener gracia la justificación... Verdaderamente las mujeres sois muy originales. (Riendo.)

Marg. No tanto como tú crees. (Recalcando.) Tal vez, en esta ocasión como en otras muchas... no está bien hecho lo que hago, pero, no todo, como ésto, puede justificarse.

Rafael Tú sabrás. Pero insisto en que no tienes que asustarte por ir unos instantes a mi estudio. ¿No sales a todas horas? ¿No nos vemos mil veces a solas, en la calle, en el *tennis*, en todas partes?...

Marg. No es igual.

Rafael (Dulcificando el tono.) Pero vamos a ver, criatura... ¿No tienes confianza en mí?

Marg. La tengo; pero... no debo, no puedo... ¡No! ¡No!

Rafael (Con coraje.) Dí, *no te quiero*, y lo habrás dicho todo.

Marg. No seas injusto, Rafael. (Siguiéndole.)

Rafael ¡Bah! (Breve pausa.)

Marg. ¿Por qué no le hablas a mi padre?

(Gesto de contrariedad en Rafael.)

Rafael (Irónico.) ¿Hablar a tu padre?... Conozco *mis*

clásicos; sé en el concepto que me tiene. (Con sorna.) Soy el pintorcillo... el plebeyo... la mancha negra de la familia. Si le hubieras oído hace un rato. Me sorprende que se resigne a sentarme hoy a su mesa. El milagro es obra tuya. (Margarita hace un gesto negativo.) No lo niegues; si sospechase lo que entre nosotros existe, las puertas de esta casa se me cerrarían para siempre. Estoy seguro.

Marg. Exageras, Rafael.

Rafael Te repito que conozco *mis clásicos*... Me sé a tu padre de memoria. (Sonriendo.) Vuestra sangre es demasiado azul... para cruzarse con la mía... Ja, ja, un título con grandeza, le parecería poco; figúrate lo que pensará de mí, que pertenezco a la única raza villana de su árbol genealógico; de mí, al que cree un holgazán, un calavera... un perdido... (Rabioso.) Y no tiene razón, ¡no tiene razón!... ¿Oyes?... (Transición.) En lo único que acierta es en... el color de la sangre... ¡Sí; yo la tengo muy negra!

Marg. ¡Rafael! Eres injusto, lo repito. (Margarita lleva el pañuelo a los ojos.)

Rafael Bueno... lagrimitas no; sobre no convencerme, tienen el don de exasperarme. Puedes ahorrarte la nota sentimental. El llanto es una majadería.

Marg. Gracias.

(Como Margarita sigue llorando, Rafael la mira un instante y luego, dulcificando el tono, se acerca a ella.)

Rafael Vamos, no llores. No digo yo que andando el tiempo, no se convierta en realidad lo que hoy parece imposible; pero, ten presente, que la mujer que sabe querer de veras a un hombre, no discute, ni reflexiona, ni exige. Se deja conducir por él, donde quiera llevarla... ciegamente. Y él la conducirá con paso seguro a la felicidad... al amor.

Marg. ¡Ciegamente!

Rafael ¡Ciegamente!... A Cupido, le pusieron una venda en los ojos. (Cínicamente. Margarita seca sus lágrimas, y Rafael, después de observar receloso si alguien puede verlos, le coge las manos y la trae hacia sí.) ¡Tonta... más que tonta!

Marg. ¡Rafael!

Rafael ¿Quién te va a querer como yo?

(En este momento se oye dentro la voz potente y vigorosa de Jacobo.)

Jacobo (Dentro.) Está bien, hombre, está bien. ¡No seas estúpido!

Marg. Cuidado. Alguien viene.

(Entra por la izquierda CRISTÓBAL seguido de JACOBO. Margarita separa sus manos de las de Rafael, pero no tan rápidamente que escape a la vista de Jacobo.)

Crist. Señorita. . Este señor se empeña...

Jacobo Buenos días. (Se detiene junto al lateral, observándoles unos instantes, y, tras un breve y embarazoso silencio.) Ustedes perdonen que entre así, violentamente, pero no estoy acostumbrado a que se cierren para mí las puertas de esta casa.

Marg. (Azorada.) Y usted habrá de dispensar a su vez, pero tampoco yo acostumbro a recibir a nadie estando sola.

Jacobo (Vivamente.) Sola no, ese... caballero debe ser alguien.

Marg. Quise decir que papá no está en casa.

Jacobo *¡Ol rait!* Esperaré a tu padre haciéndote compañía, si... me lo permites, «muñeca»...

Marg. (Sorprendida.) Cómo... ¿Acaso?...

Jacobo ¿Qué?

Marg. ¿Es usted Jacobo? ¿Jacobo Manderson?

Jacobo El mismo; tu padrino, tu *padrecito*... tu viejo amigo. (Abriendo los brazos.)

Marg. (Abrazándole.) ¡Qué alegría más grande!

Jacobo ¡Estás hecha una mujer! ¡Toda una espléndida mujer! (A Cristobal.) Tú, ¿qué esperas? Aquí no tienes nada que hacer. Toma, llévate mi sombrero.

(Cristóbal hace mutis por la izquierda. Rafael da muestras de impaciencia. Jacobo le observa con disimulo.)

Marg. Papá fué con tío Pepe a la estación a esperar a usted.

Jacobo (Rápidamente.) *¿Usted?* No me gusta.

Marg. A esperarte ¿Así?

Jacobo Así. *Very-uel.* Perdieron su tiempo. Yo no me meto nunca en esas tortugas de ferrocarriles. Con mi «Pakar» llego siempre a punto a todas partes. Ya lo ves, aunque las carreteras españolas son una escalera de picos

Rafael (Deseoso de terciar en la conversación.) Pues ahora

no podemos quejarnos. Están *casi* tolerables.
(Jacobo, calándose el monocle, le mira con curiosidad.)

Jacobo ¡Oh! ¿Quién es éste, tú?

Marg. ¿No le conoces? Rafael, mi primo; el hijo del pobre tío Ignacio.

Jacobo ¡Ah! Sí... sí... le recuerdo perfectamente. Cuando chico era un verdadero diablo.

Rafael Caballero.
(Rafael se aproxima haciendo una profunda reverencia Jacobo le da con los guantes en la cabeza riendo.)

Jacobo ¡Ja, ja, ja! Y ahora es muy gracioso. ¡Caballero! (Inclinándose.)

Rafael (Molestado, no sale de su asombro.) ¡Señor Manderson!

Jacobo No seas tonto... Venga esa mano. ¡Así! Si vieras cuántos pescozones te he dado por malo. (Riendo.)

Rafael (Secamente.) Entonces... claro. Hoy ya soy un hombre, señor Manderson.
(Jacobo corta en seco su sonrisa.)

Jacobo ¡Bah! Para mí es lo mismo... *¡Hote-nórses!*
(Le vuelve a dar con los guantes.)

Marg. (Cortando el diálogo.) Es un artista. (Gesto de Jacobo.) Sí, sí; es un artista de mucho porvenir.

Jacobo ¿Artista?

Marg. Pintor.

Jacobo (Recalcando,) ¡Ya! ¡Pintor! ¿Y no hace nada más?

Rafael ¿Cómo?
(Jacobo, yendo a sentarse a la derecha junto a Margarita.)

Jacobo ¡Es poca cosa! ¿Me permitirás que me siente y que fume?

Marg. Estás en tu casa.

Jacobo (Sencillo.) Ya lo sé. Gracias. (Rafael se hace el desentendido y Jacobo le mira con insistencia, ofreciéndole un cigarrillo.) ¿Fumas?

Rafael (Secamente.) Ahora no, gracias.

Jacobo Yo ahora y siempre. Soy un vicioso incorregible. (Pausa.) Qué cosa más interesante es el humo del tabaco, ¿eh? Qué de figuras, y figuritas y... figurones presenta a nuestra vista... (Rafael se dirige displicentemente hacia la tribuna de cristales del foro, luego paseará a lo largo del lateral izquierda durante los párrafos que siguen, con aire de contrariedad y de impertinencia. Jacobo aparta de él la mirada para fijarla en Margarita y saborear

tranquilamente su cigarrillo, echando bocanadas.) ¿Verdad? (Pausa.) *¡Itis dilait jul!*

Marg. (Azorada) ¿Almorzarás con nosotros?

Jacobo No entraba en mis planes, pero, si tú contabas conmigo...

Marg. Contamos contigo.

Jacobo Me quedaré. (Rafael, contrariado, da una patada en el suelo. Pausa embarazosa. Jacobo sonríe y sigue fumando.) Cuando digo... que es muy interesante.

Marg. (De pronto.) Y... ¿piensas estar mucho tiempo en Madrid?

Jacobo Traigo grandes proyectos, y hasta verlos realizados es indispensable mi presencia aquí.

Marg. Cuánto va a alegrarse papá... y todos.

Jacobo (Con intención.) ¿Tú también?

Marg. Yo también.

Jacobo Lo celebro. Deseo montar en Madrid una gran casa de banca, algo extraordinario, algo que no hay, y que yo quiero que haya. Aunque hijo de norteamericanos, soy español, ¡vasco! y es natural que desee para mi patria todo lo que represente adelanto y engrandecimiento.

Rafael (Irónico.) Eso le honra a usted.

Jacobo (Sin hacerle caso) Mi «Manderson-Bank» de New York y del Plata, tendrán en Madrid muy pronto una sucursal mayor que la de París. Quiero orientar de nuevo mi vida y quiero emplear mi actividad en esta tierra hermosa de sol, que fué mi madre y fué hermana de la caridad cariñosa, para mis pobres viejos.

Rafael (Siempre irónico.) Caramba. Habla usted como un poeta.

Jacobo (Secamente.) Como un poeta... no. Mi manera de expresarme, franca y ruda, no tiene nada de poesía. Nada. Los poetas son unos embusteros, fantasean casi siempre; exajeran la realidad Lo que es insignificante o vulgar, lo convierten en grande y extraordinario. A fuerza de imaginación concluyen por construir una bonita mentira. Yo, soy todo lo contrario: primero doy suelta a la imaginación; en la nada, formo una imagen; luego, lo que parecía imposible, lo convierto en realidad. ¿Estamos?

Rafael (Irónicamente.) Y... ¿da usted siempre realidad a todos sus sueños?

Jacobo (Con decisión.) ¡Siempre! (Al ver el gesto de duda.) Aunque lo dudes... ¡Siempre!

Marg. (Riendo.) ¡Bah!, soy yo la que no te creo. A veces se te presentarán dificultades que no te será posible vencer.

Jacobo Las venzo... todas.

Rafael (Despectivo.) Claro; para vencerlas, le basta su dinero.

Jacobo Mi voluntad, que es más grande que mi fortuna.

Marg. Mucha será tu voluntad, porque dicen que eres diez veces millonario.

Jacobo (Cómicamente.) No. Solo... cincuenta; pero en New York, hay muchos que son más ricos que yo. Sin embargo, no puedo quejarme. (Rafael sonríe impertinente. Jacobo no le pierde de vista. Dice de pronto con cierta brusquedad.) ¿De qué se ríe el *pintor...cillo?*

Rafael (Algo cortado.) ¿Cómo?

Jacobo No te ofendas. Yo tampoco me enfado al ver que te ríes de mí.

Rafael (Tratando de excusarse.) Le aseguro a usted, que no he pensado...

Jacobo ¡Bah Te sorprende la satisfacción con que he hablado de mi dinero. (A Rafael.) ¿No es eso?

Rafael No he dicho tal cosa.

Jacobo Pero lo has pensado... y es peor. Acá, consideráis de *mal tono*, hablar de la riqueza propia. Que la oculte quien para poseerla sacrificó su dignidad, su vergüenza y su honra... pero yo, no. En mi lucha por el oro, he sacrificado siempre a la dignidad y al honor muchos miles de dóllares; y juro, que toda mi fortuna, mi dicha, y hasta la vida sacrificaría gustoso por mi buen nombre.

Marg. Así ha de ser. Papá te alaba siempre; a todas horas, dice que eres muy bueno y que has hecho en este mundo mucho bien.

Rafael (Riendo.) También sin dinero puede hacerse.

Jacobo Poco... poco bien.

Rafael En el terreno de las ideas.

Jacobo No acostumbro a discutir. Se pierde mucho el tiempo.

Rafael ¿No discute usted nunca?

Jacobo Nunca.

Rafael (Irónico.) Alguna vez... discutirá usted.

Jacobo Alguna vez.

(Rafael, molesto, sube a la tribuna.)

Marg. (Riendo.) Te da la razón y... no discute.

Jacobo *¡Stiupid!* (Aparte a Margarita.) ¿Cuándo se marcha éste?

Marg. Almuerza con nosotros.

Jacobo ¡Vaya por Dios! (Resignado.)

(Entra por la izquierda IRENE MENDOZA y al encontrarse con Rafael, le saluda. En seguida MIGUELITO.)

Irene (Entrando.) Aquí estamos nosotros... Hola, Rafael.

Rafael (Secamente.) Buenos días, Irene.

Irene ¡Uf, qué ogro! ¿Qué hay, monísima? (Yendo al encuentro de Margarita, al propio tiempo que Miguelito que entra, habla con Rafael.) ¿Te hicimos esperar?

Marg. Aún no ha llegado el nuevo matrimonio. (Irene se da cuenta de la presencia de Jacobo.) ¿No le conoces?... Es Jacobo... mi padrino. (Riendo.) Jacobo Manderson, mujer...

Irene ¡Jesús! Lo que ha cambiado... Cualquiera le conoce .. Es decir, es usted el mismo, claro; pero le encuentro más... más...

Jacobo ¿Viejo?

Irene No; no era eso lo que quería decir. (Coqueteando.) Claro, que han pasado tantos años... Era yo una niña

Jacobo Y yo todo un hombre.

Irene ¿Pero no estoy soñando, verdad?

Jacobo No sueña usted. (Besándola la mano.) Soy yo. Yo mismo. Otra vez en España.

Irene Qué agradable sorpresa. (A Miguelito.) Ven acá, Miguelito; que vas a conocer a un hombre extraordinario. (Jacobo quiere protestar pero Irene no le deja con su charla.) Voy a presentar a usted a mi marido. Ya soy toda una señora casada y una mujer muy seria... ja, ja...

Jacobo Lo celebro... (Aparte.) Pero no lo parece.

Marg. (Presentando.) Aunque familiarmente le llamamos Miguelito, es el señor don Miguel de la Rioja Valcárcel y Pombo... ¡tres veces diputado!

(Miguelito saluda.)

Jacobo ¿Tres?

Irene Liberal, conservador... y reformista.

Jacobo ¡Ah! ¿Con los tres partidos?

Mig. (Tartamudea.) Sí... la... popo, la popo... lítica, está tan. . tan... mal en Espa... España, que un hombre amante de... su su... país... no no,

no no.. sabe a qué car... carta que que... darse.

Irene Ha sido también subsecretario.

Mig. De Bebe... de Bebe... Bellas Artes.

Marg. Es de los hombres que más se sacrifican por la patria.

Jacobo Eso me he figurado.

Mig. El nombre de usted me es bas... bas... bastante conocido: el Marqués, le elo... elogia a usted mucho. Yo soy fer... fer... ferviente admirador de todos los hombres em... em... emprendedores... como usted, y si no fu... fu... fu... fu... fuera porque nunca ha llegado a una semana la dura... la dura... la duración del gabinete en que he fi... fi... figurado, hubiera coadyuvado a la re... re... realización de grandes cosas... cosas... de al... altura, de mucha al... al... altura... co... co... como aquellas casas que ustedes tienen por allí... Rasca... rasca... rasca... rasca...

Irene Rascacielos. Acaba, Miguel.

Mig. (Aludiendo a la tartamudez.) Hoy estoy fa... fa... fatal.

Jacobo No; un poco nervioso, nada más.

(Margarita e Irene riendo ganan escena a la izquierda.)

Rafael (Irónico.) Ya ve usted como no sólo entre los hombres de negocios, sino también entre los políticos, tiene usted admiradores.

Jacobo Ya lo veo. Y lo agradezco mucho.

(Siguen hablando.)

Irene ¿Y tú crees que es tan rico como dice la gente?

Marg. Papá lo asegura y él también lo afirma.

Irene (Cómicamente.) ¡Ay, hija, hemos visto en el cine tantos millonarios americanos, que al ver a uno de carne y hueso... se me hace la boca agua.

Marg. Cuidado, que te puede oír Miguelito.

Irene Los políticos no se enteran nunca de nada.

(Entran por la izquierda PEPE y el MARQUÉS.)

Pepe Ahí le tienes... (Al Marqués, señalando a Jacobo.)

Jacobo ¡Marqués! (Yendo a su encuentro.) ¡Padre!

Marqués Jacobo, ven acá, deja que te abrace a mi gusto.

Pepe (A los demás.) Menudo plantón nos has dado.

Marqués (Riendo.) ¿Has venido por los aires?

Jacobo En mi auto. He llegado hace tres horas a Madrid.

Pepe (Al Marqués.) ¿Lo ves? ¿No te lo dije?

Jacobo Fué torpeza mía no decirle a usted en el telegrama....

Marqués Bien, bien. El caso es que te tengo entre mis brazos.

Pepe Y has el favor de soltarle pronto, porque si no, ¿cuándo va a venir a los míos?

Jacobo Ja, ja.

(Abraza a Pepe con cariño. El Marqués se dirige a los demás.)

Marqués Perdónenme ustedes... Buenos días, Miguelito. ¿Cómo va, Irene? Seguramente no contaba usted almorzar con tan buen mozo.

Irene Ni soñarlo.

Pepe Hoy ha sido un día de alegría para todos.

Marqués (Con cierta emoción.) Especialmente para mí. Parece mentira que seas tú el muchachote aquel que embarcó en el «Gravina» hace doce años. Y Margarita... ¿qué te parece, eh? ¡Está hecha una mujer!

Jacobo ¡Sí! ¡Una mujer!... ¡Una hermosa mujer!

Marg. Gracias... *padrecito*... ja, ja.

Irene (Coqueteando.) Usted (A Jacobo.) sí que está... está... jovencísimo.

Jacobo ¡Oh! (Sonriendo.) Muchas gracias.

Irene (A Margarita.) Iba a decir guapísimo...

Marg. (A Irene.) Mujer...

Irene Pero no lo he dicho, hija.

Marqués Tiene razón Irene; estás hecho un chiquillo.

Jacobo De treinta y ocho años... ¡Infantil!

Todos No, no.

(Irene y Margarita suben a la terraza en donde forman grupo con Miguelito y Rafael.)

Jacobo (Al Marqués.) Recibí sus dos cables, pero dada la urgencia del caso, me pareció mejor ponerme en camino. Es más práctico. Acepto la Sociedad para la explotación de las minas, y en cuantos asuntos quiera usted interesarme.

Marqués ¿Aceptas... aceptas? ¿Así?

Jacobo Cuando usted quiera, firmaremos la escritura.

Marqués Te daré antes cuantos detalles te sean precisos, y... sólo en el caso de convenirte, lo aceptas. Precisamente tengo en casa todos los documentos y papeles necesarios.

Jacobo Yo no necesito ninguno, pero si usted se

empeña, tráigamelos cuanto antes. Les daré una ojeada, y .. en paz.

Marqués (Con asombro.) Pero... ¿cómo?... ¿ahora?...

Jacobo *¡Zi-taim moni!. . Ol rait...* o perder tiempo, quebrar negocio. Vaya usted a buscar esos... papeles en seguida. (Ríe) ¿No me decía usted en sus cables que la *cosa* corría prisa? Pues.. dése usted prisa.

Marqués (Riendo.) Como tú quieras... voy a mi despacho por todos los datos indispensables... Margarita, hija, ¿por qué no ordenas, mientras llegan los de Alvareda, que sirvan un aperitivo en la terraza? (Sale.)

Marg. (Toca el timbre.) En seguida. Tú, Irene, ¿querrás quitarte antes el sombrero?

Irene Y retocarme un poco. (Hace ademán de darse polvos Margarita toca el timbre.) No se sienta una a la mesa todos los días con un millonario.

Marg. Ja, ja... Llévese ésto. (Entra ISABEL y Margarita le da órdenes en voz baja y el sombrero de Irene.) Vamos, Miguelito... Rafael... (Dirigiéndose a Jacobo y Pepe.) ¿Vienen ustedes?

Jacobo Ya te seguimos. (Margarita, Irene y Rafael salen. Jacobo les sigue, pero al llegar a la puerta, se vuelve y dice a Pepe.) Quédate unos momentos. Quiero hablar a solas contigo (A un gesto de Pepe.) Siéntate y dime. ¿Puedo confiar en ti?

Pepe Para todo y desde luego.

Jacobo *Tan quiu.* El asunto es muy delicado; se trata de Margarita.

Pepe ¿De Margarita?

Jacobo Sí... Tú has visto crecer a esa niña, y nadie mejor que tú puede contestar a una serie de cosas que me interesan mucho. Compréndelo: la dejé hecha una muñeca. Desde lejos he seguido, con grandísimo interés cuanto a ella afectaba, pero no basta. Ahora quiero saber algo más.

Pepe Pregunta.

Jacobo (Tras breve reflexión.) ¿Quién ha cuidado de su educación?

Pepe Nadie.

Jacobo ¿Cómo?

Pepe Nadie. Mi hermana, como ya sabes, murió poco después de tu marcha, y desde aquella fecha, Salvador, metido de lleno en lo que él llama «sus negocios», dedicó toda su actividad a perder... en el menor tiempo,

todo el dinero posible. Figúrate el abandono en que quedó la pobre chiquilla.

Jacobo Lo sospechaba.

Pepe Margarita, es buena, lo es por naturaleza, por instinto. Ha crecido entre institutrices, unas buenas y otras... no tan buenas, por fin se emancipó; mi cuñado siempre con sus negocios, la dió una libertad que no debía; ha leído más de lo que conviene... no lo que más conviene, y aunque nada grave pueda censurársele mucho, se la critica por ahí más o menos piadosamente.

Jacobo Entendido. Su libertad, sus costumbres, chocan .. ¿es ésto?

Pepe Precisamente.

Jacobo Pero razón seria, fundada, para la crítica, no hay, ¿verdad? (Pepe hace un signo negativo.) Ella es buena, es inteligente...

Pepe Lo es; lo es.

Jacobo *Ol rait.* (Pausa.) Otra cosa interesante. ¿Margarita es mujer... seria? Entiéndeme, quiero decir, ¿ha sido muchacha de... novios, de balcón... de rejas, a la usanza española? (Sonríe por ocultar su emoción ante la respuesta.)

Pepe Nunca. Su padre ha pretendido en dos o tres ocasiones, que pensara en casarse. Desde luego de duque para arriba, ya sabes su monomanía, pero la chica nos ha salido demócrata.

Jacobo (Alarmado.) ¿Por qué? Acaso... ¿tiene amores?

Pepe (Sorprendido.) No creo...

Jacobo (Categóricamente.) ¿Crees no o crees sí? Claro... a la americana.

Pepe ¡Caramba! Me estrechas de un modo... aparte de que preguntas más de lo que yo puedo saber lógicamente.

Jacobo Contesta lo que sepas. Y... ya está.

Pepe Francamente; mentiría si no te confesase que desde hace una temporada, veo que se acerca a ella demasiado, alguien que no le conviene poco ni mucho.

Jacobo ¿Quién es él?

Pepe Sospechas mías. No puedo afirmarlo, pero... (Jacobo se pone en pie y da unos pasos nervioso.)

Jacobo ¿El pinta... monas? (Pausa.)

Pepe ¿Cómo?

(Pepe se pone en pie mirando a Jacobo.)

Jacobo ¿Tengo buen ojo, eh?

Pepe Lo tienes. (Riendo.) Comprenderás entonces... Si Salvador llegase a sospecharlo, ¡pobre Margarita! habría aquí una catástrofe.

Jacobo ¿Tanto?

Pepe El es un... es un...

Jacobo Concluye la palabra.

Pepe Canalla.

Jacobo *Ai-am veri glet ov-it. Tan-duin.* (Estrechándole la mano. Pepe observa a Jacobo con extrañeza. Después de una pausa Jacobo se dirige a la tribuna, y llama en alta voz hacia la terraza.) Rafael... Rafael... ¿Quiéres hacerme el favor de venir un momento? (Como hablando con otros.) Perdón... Le dejo libre en seguida... (Volviéndose a Pepe.) Puedes marcharte a tomar tu aperitivo... Hemos hablado cuanto teníamos que hablar...

Pepe ¿Cómo? ¿Me despides?

Jacobo (Jovial) Te despido... Consulté al abogado y quiero verme a solas con el... reo. (Al ver el gesto de Pepe.) Ja, ja, no pongas esa cara... bromas mías...

Pepe (Protestándole) Pero...

Jacobo (Empujándole para que se vaya.) Yo soy gran aficionado a la pintura. Adoro el arte... y me preocupa mucho el porvenir de todo artista. (Entra RAFAEL receloso.) Aquí está Velázquez... Déjame con él. (Pepe hace un signo de resignación cómica y hace mutis. Pausa. Jacobo y Rafael se miran, como queriendo escudriñar cada uno el pensamiento del otro) Supongo que no te molestará hablar conmigo unos instantes. Lo que tengo que decirte es muy interesante para ambos.

Rafael (Siempre receloso.) No comprendo.

Jacobo Mucho más interesante para ti. (Pausa.) Antes de seguir adelante, voy a hacerte una pregunta; responde con franqueza. ¿Te soy muy antipático?

Rafael Señor Manderson, no adivino la razón de esa pregunta.

Jacobo Ni yo la razón de no serte agradable. (Breve pausa.) He sido un buen amigo de tu padre, te he estimado bastante cuando niño, aunque eras de la piel de Satanás. Al grano. Si mal no recuerdo me has dicho antes que te dedicabas a la pintura.

Rafael Cierto.

Jacobo Bien... Está bien... ¡Muy honroso, muy... artístico, pero... En este país debe ser difícil que un artista de tus condiciones, pueda abrirse camino, ¿no?

Rafael Por desgracia. La lucha es terrible.

Jacobo Ya... ya...

Rafael El arte se paga muy mal y son pocos los que llegan a la cumbre.

Jacobo Sí; es una cuesta muy penosa.

Rafael Sin embargo, con mi entusiasmo... y mi fe, confío llegar.

Jacobo No lo dudo; pero... llegarás cansado...

Rafael Seguramente.

Jacobo El calvario será terrible... porque tu situación financiera, no creo que sea tan desahogada que te permita... ¿eh? (Al gesto de desaliento que hace Rafael, continúa.) Bien, yo quisiera... ¿entiendes?... quisiera. . no sé cómo decirlo...

Rafael (Irónico.) ¿Va usted a ofrecerme dinero?

Jacobo (Con dignidad.) ¡No! Voy a ofrecerte trabajo, es lo mismo y no es lo mismo... porque es mejor. Voy a ofrecerte un destino que te dejará muchas horas libres .. (Con intención) para que las dediques a tu arte.

Rafael ¿Un destino?

Jacobo Magnífico... Ya ves que no soy tan mal amigo tuyo como pensaste. Si te conviene, como espero y aceptas... Te ofrezco la plaza de cajero, con quince mil pesetas anuales, en mi Banca de Madrid. (Rafael se estremece y mira a Jacobo receloso.) Esto por lo pronto, ¿eh? (Breve pausa. Riendo.) ¿A que me vas a decir como un tonto, que no te conviene?

Rafael No digo que no me convenga, pero...

Jacobo ¿Vacilas?

Rafael Merece pensarse. (Siempre recelando.)

Jacobo ¡Ah... no... no! Necesito saber, *ahora mismo*, si cuento o no cuento contigo; tu contestación ha de ser categórica, definitiva.

Rafael ¿Pero... así? ¿De pronto?

Jacobo Mi secretario ha ido esta mañana al Escorial para ver a cierto señor con quien contábamos para el puesto que te ofrezco, y que es necesario descartar si tú has de ocuparlo, será también preciso que inmediatamente tomes mi auto, que está abajo, y vayas al Escorial, en busca de míster Raffer, para entregarle una tarjeta mía con la contraorden.

Rafael Considere usted que... (Sonriendo y deseando aceptar.)

Jacobo Soy poco amigo de vacilaciones, ya lo ves, acabo de llegar, y antes de ocho días quiero que se abra al público la nueva sucursal.. tú dirás... ¿Aceptas? (Saca su cartera, escribe en una tarjeta y se dispone a dársela a Rafael. Este vacila.) Sinceramente creo que te conviene... no seas bobo.

Rafael Acepto.

(Jacobo le estrecha la mano y le da jovialmente unas palmaditas en el hombro, al propio tiempo que le entrega la tarjeta.)

Jacobo *Ol rait.* Ahora si quieres, puedes ir a despedirte.

Rafael Vienen aquí.

(Entran MARGARITA, IRENE, MIGUELITO y PEPE.

Marg. ¡Qué fastidio!... ¡Después de estarlos esperando!

Marqués (Que llega por la izquierda.) ¿Qué ocurre? (Extrañado.)

Marg. Que los de Alvareda no pueden venir. Avisan por teléfono que a Inés le ha dado un mareo...

Mig. Pues... no lo entiendo... porque sólo llevan un día casa... casa... casados... y eso es más... tarde...

(Rafael se va a hablar con Margarita e Irene.)

Pepe ¡Miguelito!

Mig. ¿He di... dicho algo cau... cau... caústico?

Pepe Nada.

Marqués (Dando a Jacobo un rollo de papeles.) Toma. Examínalo todo con cuidado .. y con calma.

Jacobo Sí, sí; debe ser cosa interesante. (Deja los papeles encima de una mesa.)

Marqués ¿Pero los dejas ahí? ¿Para eso me has hecho ir a buscarlos?

Jacobo Los repasaré antes de dormirme... Servirán de narcótico. (Ríe.) ¡No se pierden!

Marqués Eres original en todo.

Jacobo En todo.

(Irene, adelantándose a Jacobo y casi aparte. El Marqués y Pepe quedan hablando a un lado.)

Irene Ya nos ha dicho Rafael lo del destino. Es espléndido.

Jacobo Ni... espléndido, ni... despreciable.

Irene ¿No tiene usted en su banca, algún empleo de esa categoría, para mujeres?

Jacobo No, y perdóneme usted la franqueza; la mujer es el mayor enemigo del hombre. No sería práctico meter en casa al enemigo.

Irene ¡Ah! (Despechada.) ¿Me considera usted como a un enemigo?

Jacobo (Haciéndola una reverencia.) Como una mujer.

Irene Pues no se case usted con esa teoría, tendríamos que compadecerle.

Jacobo Verdad... ¡Muy oportuno!

(CRISTÓBAL corre el cortinón o abre la vidriera del foro que ocultaba el comedor, y aparece éste en el fondo de la escena espléndidamente servido.)

Crist. Los señores están servidos.

Rafael Adiós, Miguelito... Margarita... Irene... (Despidiéndose.) Adiós, tío.

Marqués ¿Pero no almuerzas con nosotros?

Marg. (Con disimulada tristeza.) No puede, tiene que marcharse en seguida.

(Durante las siguientes frases, Margarita que ha quedado sola y algo apartada a la izquierda, muestra una honda preocupación.)

Jacobo Yo soy el culpable, en bien suyo, naturalmente. Es urgentísimo que salga en mi auto para el Escorial. Rafael, desde este momento está a mis órdenes. Es Cajero de «Manderson Bank» en Madrid. (Rafael se dirige a Jacobo y éste le tiende la mano.) Buen viaje, muchacho.

Marqués Cajero... de... ¿Cómo, cómo?

(El Marqués retiene a Rafael antes que haga mutis y habla con él. Miguelito y Pepe se acercan al grupo. Jacobo se dirige rápidamente a Margarita, a quien no ha dejado de observar.)

Jacobo Margarita..

Marg. ¿Eh?

(Margarita ensimismada en sus pensamientos, se estremece al oir la voz de Jacobo y le mira desconcertada.)

Jacobo ¿En qué estás pensando?

Marg. (Con tristeza.) En nada. En ese destino *inesperado* que deja a mi pobre primo... sin almorzar. (Pausa.)

Jacobo (Con resolución.) Rafael.

Rafael ¿Qué quiere usted?

Jacobo Lo he pensado mejor. Es una crueldad que te marches con el estómago vacío. Almuerza... y después de almorzar, hablaremos con míster Raffer por teléfono.

Rafael Como usted mande.

Jacobo Ahora, dale el brazo a Margarita y llévala al comedor.

Rafael (Asombrado hace lo que le indica Jacobo.) Con mucho gusto.

Pepe (Estupefacto. Aparte.) ¡Qué demonio de ocurrencia!

Jacobo Y... ahora nosotros... ¿Vamos?

(Irene supone que Jacobo va a ofrecerle el brazo, pero éste se coge del de Pepe y del de el Marqués que baja al proscenio interrogando con la mirada, rabiosa se cuelga con violencia del de Miguelito que se lleva un susto mayúsculo.)

Irene Dame tú el tuyo... ¡Hombre!... ¡pareces tonto!

Mig. Ca... caray, me has asus... asus... asustado... ¿Qué demonio te pa... pa... pa... pasa? (Van haciendo mutis.)

Marqués (A Jacobo.) Pero... ¿es verdad lo del destino?

Jacobo Verdad.

Pepe ¡Tú estás loco!

Jacobo No.

Marqués Jacobo... hijo... ¿sabes bien lo que has hecho?

Jacobo Sí, yo siempre sé por qué hago... lo que haga. (Coge a cada uno del brazo quedando él en medio.) *¡Uóte-mañifisent áidi! Ol-rait.* (Riendo.) Vamos a almorzar. (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Elegante saloncito de tonos claros, mitad despacho, mitad sala de confianza, en casa de Jacobo. En el foro, y en ochava con el segundo término dereccha, puerta de dos hojas que da acceso a un salón vestíbulo En el foro, frente al público y muy a la izquierda, puertecita con portier, que se supone comunica con las habitaciones particulares de Jacobo. Primero y segundo término izquierda, gran mirador de cristales. Delante de él, «chaisse-longue» con almohadones; detrás, junto al mirador, lámpara de pie. Casi en el centro de la escena, y junto a la cabecera de la «chaisse-longue», mesita de estantes giratorios, y a su lado una butaca. En el foro—entre la puertecita de las habitaciones reservadas y la puerta del vestíbulo—estante clavado en la pared, con libros y objetos. Sobre él, en alto, pendiente de un cordón de seda, cuadro grande de marco dorado, pintado al óleo, el retrato de un hombre como de cincuenta años, de rostro afeitado, ojos azules, con monocle y pelo rojizo. Es el padre de Jacobo. Delante del estante, sillón de muelles de escritorio y mesa despacho. En ella, escribanía, lámpara pequeña, dietario, carpeta, papeles, etc., etc. En primer término derecha, puerta pequeña, mampara de piel verde, que da a escalera particular que pone en comunicación el piso de Jacobo con las dependencias de la «Banca Manderson», instaladas en la planta baja del edificio. Sillas, butacas, etc. Lámpara artística y sencilla que pende del techo. Todo revela riqueza y buen gusto. Sobre la mesita giratoria, teléfono y un jarrón grande con un ramo de violetas.

Al levantarse el telón, el sol, que entra por el mirador, amortiguado por estores y cortinas de encaje, ilumina tibiamente la escena. Son las cuatro de la tarde de un día claro de los primeros del mes de abril.

—

(JACOBO, tumbado en la «chaisse longue», fuma y contempla arrobado un retrato pequeño de Margarita, que sostiene entre sus manos. A los pocos instantes

de silenciosa quietud, suena el timbre del teléfono. Jacobo deja el retrato sobre la mesita y coge el receptor.)

Jacobo ¿Quién llama?... ¿Qué?... ¡Ah! ¿Eres tú, Antonio?... ¿Quieres verme? Bien... Pues sube. (Cuelga el receptor. Se incorpora y mira por entre las cortinas del mirador a la calle. Pausa.)

(Se abre la mampara y entra ANTONIO, llevando una cartera grande de cuero negro bajo el brazo.)

Ant. ¿Se puede?

Jacobo Adelante, Antonio... Buenas tardes... ¿Qué hay?

Ant. Pocas novedades, señor Manderson, y agradables casi todas.

Jacobo Más vale así, hombre.

Ant. *Hemos* lanzado al mercado las acciones de las minas de Levante, y han tenido en plaza una excelente acogida. No se ha equivocado usted.

Jacobo Me equivoco pocas veces.

Ant. Además, *hemos* girado esta semana dos millones y medio de pesetas más que la pasada; todo hace suponer que *nuestra* Banca ha de ocupar pronto en la Corte el primer lugar. Esto debe *regocijarnos.*

Jacobo (Sonriendo.) Y... *nos* regocija. Adelante.

Ant. La desaparición del cajero es la única nota desagradable...

Jacobo ¿Tampoco ha venido hoy? (Alegremente.)

Ant. Tampoco, señor Manderson.

Jacobo ¡Admirable!

Ant. ¿Cómo ha dicho? (Mostrando extrañeza.)

Jacobo (Repitiendo la frase con sorna.) Admirable... Admirabilísimo.

Ant. No lo entiendo.

Jacobo No te hace falta. Con entenderlo yo, es suficiente.

Ant. (Haciendo una reverencia.) Como el señor mande.

Jacobo Adelante.

Ant. Míster Raffer, calcula que el desfalco asciende a unas ciento cincuenta y cinco mil pesetas.

Jacobo ¿Nada más? (Alegre.)

Ant. (Pasmado.) ¿Le parece a usted poco? Sigo sin entender.

Jacobo Sigue... sin preocuparte.

Ant. Seguiré... el mandato del señor. (Inclinándose.) ¿Desea el señor saber algo más?

Jacobo Saber *exactamente* la cantidad distraída... por el cajero.

Ant. La cifra exacta no *podemos* precisarla todavía; asciende a algo más de lo dicho, pero no mucho; se están examinando los libros, y hasta que terminen las operaciones no *podremos* fijar en definiva la cantidad que *nos* han *distraído.*

Jacobo (Sonríe.) Pues señor... Me ha salido barato.

Ant. Míster Raffer pensaba dar aviso a la jefatura de policía; aunque es ya tarde, pues según informes particulares, don Rafael ha salido de Madrid.

Jacobo (Poniéndose de pie.) ¿Se ha ido?... ¡Bravo! ¡Esto va muy bien!

Ant. ¿Eh? (Siempre con asombro.)

Jacobo (Al ver que Antonio hace un gesto de asombro.) ¿Otra vez?

Ant. (Muy serio.) No, señor... perdone el señor.

Jacobo Dí a míster Raffer que no se le ocurra avisar a la jefatura ni a nadie. De este asunto no hay que hablar más. Es cosa mía, sólo mía, ¿entiendes?

Ant. No, señor.. digo... sí, señor. Bueno, no entiendo, pero como si entendiera. Verá el señor: que no hay que hablar del asunto con nadie... ni míster Raffer ni yo... que esto es *cosa* de usted. Que míster-Raffer no avise a la jefatura; que es *cosa* de usted, sólo de usted, y hay que callar... ¡Un muerto!, ¿eh?

Jacobo Perfectamente. ¿Traes mucha correspondencia?

(Antonio abre la cartera y va sacando cartas y papeles muy despacio. Jacobo se impacienta y saca un montón.

Ant. Bastante. (Pausa larga.) De Kok... de París. De míster Feiffer...

Jacobo ¿Ha pagado?

Ant. *Nos* debe sólo el último plazo.

Jacobo Bien. Ya *nos* pagará.

Ant. Del agente de Ginebra... De Smit... (Se detiene mirando un sobre.) ¿Eh?...

Jacobo (Impaciente) ¿Qué es eso?

Ant. Un sobre *reservado* a nombre de usted.... Me huele... me huele... (Oliendo el sobre con malicia.)

Jacobo ¿A qué te huele?

Ant. No... no huele a nada.

Jacobo Eres un majadero... (Coge la carta de manos de

Antonio, rasga el sobre, que tirará al suelo, lee y sonríe maliciosamente.)

Ant. (Haciendo una reverencia.) Lo que mande el señor.

Jacobo ¡Bravo! Ya da fe de existencia nuestro hombre .. ¡Pobre hombre! *¡Próti-uél! ¡Itis diláitful!* Todo está visto (Devolviendo a Antonio todas las cartas menos la última.)

Ant. ¿No quiere el señor repasar las que faltan?

Jacobo No. Basta por hoy. Dáselas a Tejero; que conteste él, y vete.

Ant. ¿Bajará usted antes de que se cierre la Banca?

Jacobo No; espero la contestación de un telegrama, en cuanto llegue, ordena que lo suban en seguida.

Ant. Lo subiré yo mismo.

Jacobo Tú o el ordenanza; el caso es que lo suban.

Ant. Como mande el señor.

Jacobo Y nada más.

Ant. A las órdenes del señor... ¡Ah!, Perdone el señor; ¿dónde tendré yo la cabeza? Abajo, en el despacho, está un empleado de la «Joyería Guerot.» Ha traído este estuche... (Dándoselo.) para el señor Manderson... y la factura.

Jacobo A ver, a ver. (Tomando el estuche.) Me gusta.

(WILL sale por el foro. Es un «groon» inglés de caricatura: rígido y con el cutis lechoso, ojos saltones, pelo rúbio muy claro. Viste uniforme a capricho, muy ajustado.)

Will *¿Uil-yu bi so-oblai-chink... míster Manderson?*

Jacobo *¿Uot duyu-uisch, Will?*

Will *Itis míster Pepitó...*

Jacobo *Let hún côm in.*

Will *Iés, sôr Directle.*

(Hace mutis Will.)

Jacobo (A Antonio, por la factura.) ¿Cuánto vale?

Ant. Cuatro mil pesetas.

Jacobo Me conviene.

(WILL por foro, seguido de PEPE.)

Will Míster Manderson... míster Pepitó.

Pepe (Entrando.) Buenas tardes, querido... Hola, Antonio.

Ant. Señor.. (Saludando.)

(Will inicia el mutis y Jacobo le llama.)

Jacobo Espera, Will. Perdona, Pepe, soy contigo al momento. (Va a la mesa, saca una tarjeta de un

cajón, y colocándola en el estuche dice a Will.) Que lleven esto inmediatamente a casa del señor marqués de Romerales; para entregar a la señorita Margarita. ¿Has entendido bien?

Will *Iés... Préti-uél.*

Pepe ¿Se trata de algún regalo?

Jacobo ¡Bah! Una cosa sin importancia.

Pepe ¿No es indiscreción?...

Jacobo Nunca. (A Will.) Trae. (Entregándoselo a Pepe.) Un *pendantif.* Nada... una chuchería.

Pepe ¡Caramba! A cualquier cosa llamas tú chuchería. (Sigue observando.)

Jacobo Hoy es su cumpleaños.

Ant. ¡Tiene mucho gusto míster Manderson! (Jacobo se vuelve a mirarle y Antonio calla en el acto.)

Jacobo ¿Y a tí qué te importa el gusto que yo tengo? (Jacobo coge el estuche de manos de Pepe y se lo entrega de nuevo a Will. Después le da la factura de Guerot.) Que abone eso míster Raffer, y tú, Will, lleva mi encargo...

Ant. Servidor, don José... Señor Manderson... (Sale.)

Will *Sor.* (Sale.)

Jacobo (A Pepe.) Qué... ¿te gusta?

Pepe Ya lo creo; es una joya extraordinaria; sin embargo, debo advertirte que no me parece propio para un regalo corriente, y menos tratándose de una chica soltera... aquí no es costumbre...

Jacobo Yo te pregunto si te gusta o no te gusta, nada más.

Pepe Gustarme, sí... mucho... pero...

Jacobo (Jovialmente.) El pero, no me interesa.

Pepe ¡Ah, entonces!...

Jacobo ¡Claro!... (Pausa. De pronto cambiando de tono.) ¿Y qué hay?

Pepe Hay, que estás loco de remate, y por lo tanto, es lógico que te ocurran todas esas cosas.

Jacobo ¿Qué cosas?

Pepe ¿Ha aparecido Rafael?...

Jacobo No.

Pepe ¡Claro! Señor... Si tenía que ser así... (Pasea indignado.) Era natural... ¡Era natural!

Jacobo ¡Bueno! Pues si lo encuentras natural, ¿por qué te indignas? (Ríe.)

Pepe Te dije que era un granuja y no quisiste

hacerme caso. ¿Lo ves ahora? Me parece que no me he equivocado... (Gritando.)

Jacobo Ni yo tampoco. (Muy tranquilo.)

Pepe ¿Qué dices?

Jacobo Si lo hice cajero de mi Banca, fué precisamente por no inspirarme confianza alguna.

Pepe (Asombrado.) ¿Cómo?... ¿cómo?

Jacobo ¿Se ha llevado mi dinero?... Yo, contentísimo; es un granuja... Yo, archicontentísimo. No cabe duda que teníamos razón.

Pepe Mira, Jacobo... yo no sé si reírme o... pegarte unos cuantos pescozones.

Jacobo ¡Pega, hombre, pega! (Riendo.) Teníamos razón; es un granuja y además un imbécil. Con esperar unos días, podía haberse llevado un millón de pesetas; pero se precipitó, tuvo miedo... ¡No hará carrera... ese muchacho!

Pepe El que no hará carrera con esos procedimientos, eres tú... Es lo más grande que he oído en mi vida. ¡Extraordinario! Qué extraordinario, ridículo... ¿lo oyes? ¡ri dí cu-lo! (Deletreando.)

Jacobo Sen-ci llí si mo. A ver si me entiendes. Rafael, honrado, me convenía; Rafael, pillo... me estorbaba... por varios conceptos. El más importante, que tú ignoras y te va a sorprender, es éste: estoy enamorado de Margarita.

Pepe ¿Qué?... ¡Tú! ¡¡Tú!! ¡Ay, Jacobo, déjate de bromas!

Jacobo (Molesto.) Hablo con toda seriedad. Amo a Margarita. (Breve pausa.)

Pepe Entonces.. es que... ¿Has pensado casarte con ella?

Jacobo Sí, lo pensé en seguida, al volver a verla; pero quiso mi mala suerte que se cruzara en mi camino ese estúpido de pintor... ese...

Pepe ¡Está muy bien!... ¡está requetebién!... ¡Qué demonio de hombre éste! Ja... ja . Perdona si me río, pero lo confieso, me haces una gracia loca.

Jacobo Ríete cuanto quieras, aunque no veo lo jocoso en que un hombre libre y soltero se enamore de una mujer soltera y libre también.

Pepe Tienes razón... pensando lógicamente, no hay motivo para que la cosa no se tome en serio.

Jacobo Medita, pues, querido Pepe, y comprenderás al fin por qué hice cajero a Rafael, de mi casa de Banca.

Pepe (Le mira con extrañeza y tras breve reflexión.) ¡Ah! Comprendo. Te convenía desacreditarlo, hacerle desaparecer... ¿no es eso? Era lógico que Rafael, siendo quien es, cayese en la trampa...

Jacobo (Con aspereza.) ¿Qué dices?

Pepe Le echaste un cebo, el imbécil picó, y te lo quitaste de enmedio; la cosa está tan clara como el agua. Te felicito.

Jacobo (Fuera de sí.) Pepe; si el cariño y el respeto que te tengo no me contuviera, te diría que eres un .. majadero. ¡Me estás insultando! (Breve pausa.)

Pepe ¿Yo?... No, hombre, no; nunca he pensado ofenderte.

Jacobo Cómo puedes creer entonces, conociéndome, que fuera yo capaz de... semejante villanía.

Pepe ¿Villanía?... Hijo mío, cada vez te entiendo menos.

Jacobo Ya lo veo. Estoy enamorado de Margarita; la quiero con toda mi alma, locamente; pero yo soy hombre que siempre procede con nobleza, y que, por lo tanto, sé prescindir de mi egoísmo... Margarita amaría o no amaría a Rafael... pero desde que llegué, pude comprender que el primito no la era indiferente. El obstáculo, para mí, existía; con marcharme de nuevo a New York, hubiera cumplido mi deber; pero al sospechar por tu confidencia que Rafael no era digno de ella, mi deber era otro; quedarme. La boda—aun transigiendo el marqués—no era posible; Rafael no tenía fortuna ni medios fáciles de lograrla; por esto fuí en su ayuda... ¿comprendes?, no por él, por Margarita. (Recalcando.) ¡Por ella!... ¡todo por ella! No le tendí una celada ni mucho menos un cebo, como tú dices; puse antes sus ojos, noblemente, generosamente, dos caminos: el del trabajo que regenera, que hace hombres y da derecho a ser feliz, o el otro que siguen por instinto los... *tipos* de su clase... ¿Que él, por propia voluntad, ha escogido el segundo? Peor para él y mejor para mí. Yo recobro mi libertad de acción. ¿Que es-

toy contento? ¿Por qué no estarlo? ¡Contentísimo! Es perdonable hasta cierto punto que mi egoísmo no reprima su natural alegría... una gran alegría, a la que estuve dispuesto a renunciar... ¡Mi dinero me cuesta! *¡Gol deash!*

Pepe Perdóname si en mi obcecación pude olvidar que era contigo con quien estaba hablando. (Sincero y emocionado.) Así eres tú siempre; un hombre... ¡todo un hombre... y todo un caballero!

(Jacobo le da cariñosamente una palmada en un hombro.)

Jacobo ¡Bah! No se hable más de esto. Y ahora voy a entrar de lleno en la parte más ridícula, voy a pedirte consejo... ¿qué te parece?

Pepe No sé, no sé... ¿Has pensado que la llevas...

Jacobo Quince años. ¿Te parecen *muchos?*

Pepe *Pocos*... no son; pero no es una diferencia exagerada. Lo más desagradable para ti, es que la chica quiera seriamente a ese... bandido.. Un amor no se destruye en un día.

Jacobo Desde luego. Pero este amor no ha sido un amor... Un pasamiento, un *flirt*... Un amorío sin importancia... Margarita es una mujer inteligente... fuerte... ¿Cómo iba a tomar en serio...

Pepe Bueno; ante todo, debes ser oportuno. La chica, desde hace dos días, desde que desapareció Rafael y supo por mí lo ocurrido, está como puedes suponer, nerviosa... mejor diré, desazonada...

Jacobo Eso, siempre es natural.

Pepe Además, su padre, que ignora la historia amorosa en absoluto, ve en su hija mucho de anormal, y ya comprenderás que sólo a asuntos de corazón puede atribuirlo. La gente, es... como es; comentan, murmuran, murmuran demasiado. (Recalcando.) Se despistan con facilidad, buscando una causa que desconocen; confunden lamentablemente las cosas... En su afán de arrancarle al prójimo tiras de pellejo.. hablan de ti... y de ella... toman el rábano por las hojas... En fin, debes ser prudente, Jacobo.

Jacobo (Nervioso.) ¿Cómo? ¿Serían capaces?... Yo nada hice que les dé motivo...

Pepe Nada. Hablo por suposiciones—infundadas

tal vez—pero... créeme; deja pasar la tormenta, suprime regalos espléndidos—que pueden ser inoportunos—, y abstente de insinuaciones prematuras: siempre estás a tiempo para hacer la barbaridad de casarte, si es que mi cuñado... perdona mi franqueza... Si es que el señor marqués de Romerales... (Con ironía cómica.)

Jacobo (Atajándole.) Sé lo que vas a decirme. Yo soy plebeyo... ¿verdad?, el marqués no consentirá... ¡Y (Dando nervioso con el pie en el suelo.) eso, no, Pepe; eso, no! Los nobles los hacen sus acciones, su lealtad, su trabajo...

Pepe Y el color de su sangre. (Bromeando.)

Jacobo No digas tonterías. Yo he visto pinchar a mucha gente noble y plebeya, y te aseguro que todos tenían la sangre colorada. La mía es de un rojo pu ísimo. La nobleza, querido Pepe, está en el corazón; no bastan pergaminos que lo declaren. ¿Le bastaría a Rafael que unos cuantos papeles dijesen que su honor era sin tacha y su nombre ilustre, después de haber probado él, con su conducta, que es un miserable y un ladrón?

Pepe Desde luego. (Hay una pausa larga; durante ella, Jacobo mira a Pepe con fijeza; pasea después.) ¿Qué estás pensando?

Jacobo Nada, no sé... Necesito coordinar mis ideas; (Sonriente.) no es mi sistema, pero por esta vez puede perdonárseme. Y ahora, márchate; vé a vestirte. Cenaremos en el casino y luego iremos a la Princesa. Es día de moda.

Pepe Bueno. Voy en un salto a casa, y vuelvo por ti para tomar el vermouth. (Iniciando el mutis por la derecha.)

Jacobo Sube por la Banca cuando vuelvas.

Pepe Corriente. Hasta luego. ¡Ah! Antes de separarnos... quería decirte... (Desde el lateral.)

Jacobo Luego, luego me dirás todo lo que gustes. (Vase por la puertecita del foro tarareando una canción americana. Pepe, al oirle mueve significativamente la cabeza.)

(ANTONIO por la derecha con un telegrama en la mano.)

Pepe ¿Qué hay, Antonio?

Ant. (Reverencia.) A las órdenes de usted, don José. Venía en busca del señor Manderson.

Pepe Se ha retirado ahora mismo a sus habitaciones. ¿Quería usted algo urgente?

Ant. (Vacilando.) Urgente... urgente... Este telegrama que es de *nuestra* información particular. Ordenó que se subiera en cuanto llegase y... como ahora lo hemos recibido...

Pepe Puede dejárselo sobre esa mesa... (Antonio cumple lo que se le indica.) El señor Manderson no está ahora para telegramas: lo mejor que podemos hacer es marcharnos. Le conviene estar solo. Conque andando.

Ant. ¡Ah! Si le conviene... Lo que el señor don José mande. Siempre a las órdenes del señor...

Pepe Adiós.

(Vase Antonio después de hacer otra reverencia. Pepe va a recoger el bastón y el sombrero, que al entrar dejó sobre un mueble. Al hacer mutis por el vestíbulo, entran precedidos de WILL, MIGUELITO, IRENE, DOÑA ANGELES y CASTITA.)

Mig. (Entrando.) Hola Pe... pe... Pepe. ¿Usted por aquí?

Irene ¿Qué tal?

Pepe ¿Cómo va, Irene?

Ang. No esperábamos encontrarle.

Pepe Ha dependido de unos segundos.

Irene ¿Se marchaba usted?

Pepe Sí, ustedes me perdonarán...

Ang. Por nosotros no haga usted cumplidos.

Mig. Sí; vete. Cier... ciertos sablazos... es más prudente darlos sin tes... tes... testigos.

Pepe ¿Cómo?

Irene No le asustes, hombre. Hemos organizado un festival benéfico, y venimos a sacarle unas pesetas al millonario.

Cast. Un festival espléndido. Ya iremos a verle.

Mig. Sí; ya iremos a verte pa... pa... para herirte tam... tam... también...

Pepe Tendré mucho gusto en contribuir con modestia, porque no soy rico. (Despidiéndose.)

Irene Adiós, Pepe.

Ang. Adiós.

(Mutis Pepe por mampara.)

Will Decir ustedes, quién decir yo, a Míster Manderson, quién estar ustedes todos...

Ang. Dele usted esta tarjeta. (Medio mutis Will.)

Mig. Y es... es... ésta. (Idem.)

(Tras ligera reverencia, Will hará mutis puertecita foro. Irene pasa revista a todos los detalles de la habitación, con el auxilio de los impertinentes.)

Cast. Ya estamos en casa del Creso.

Ang. Sólo nos falta que resulte un avaro como Frontera, ese otro amigo de usted, a quien acabamos de ver.

Cast. Un ex ministro.

Irene Ya... ya...

Cast. Dar sólo diez pesetas, ¡qué miseria!

Ang. Di mejor, ¡qué porquería!

Cast. Es un tacaño.

Mig. ¡Caramba... que... es... están ustedes hablando de un... a... a... amigo mío!

Irene ¿Y quién te manda a ti, tener tales amigos?

Mig. ¡Mu... mu... mujer!...

Irene Un imbécil. Tan agarrado con nosotras, como espléndido con las bailarinas y estrellas de varietés.

Ang. Si hubiera menos cupleteras y más caridad, el éxito de nuestras fiestas sería completo.

Cast. No lo creas, mamá; sin cupletistas, nuestras fiestas de caridad resultarían una sosera. No iría nadie. ¡Ay, esas... desgraciadas... animan a los hombres... sobre todo a los hombres serios y de orden.

Ang. ¡Niña! ¿Qué sabes tú de estas cosas?

Cast. No sé... pero oigo hablar... y me lo figuro, mamá...

Mig. Se lo fi... fi... figura, se... señora.

(Irene que ha estado revolviendo la mesita de Jacobo, muestra con aire de triunfo el retrato de Margarita.)

Irene ¡Oh... qué hallazgo!...

Mig. ¿Qué habrás tú .. des... descubierto?

Irene Algo muy significativo.

Cast. ¿De qué se trata?

Irene De un retrato. ¡Cuando yo sospecho!

Ang. Sí... será de alguna... (Yendo al encuentro de Irene que ocultará el retrato.) cualquier cosa.

Cast. (Muy curiosa.) ¡Ay... a ver... a ver!

Irene Es de una persona que todos conocemos... es decir, que creíamos conocer. (Con intención.)

Cast. ¿De quién?

Irene De Margarita. (Mostrándolo en alto.)

Mig. ¿Co... co... cómo?

Irene Vedlo.

Cast. Margarita Romerales.

Ang. (Santiguándose.) ¡Jesús, María y José! ¡Vaya un escote!

(A don Miguelito le éntran unas prisas horrorosas por verlo.)

Mig. Caridad... señora... Permí.. permítanme us... ustedes. (Cala el monocle.) ¡Caracoles!... Qué llenita es... es... está.

Irene ¿No les parece a ustedes sospechoso, que sea de Margarita el único retrato que se encuentra sobre la mesa del aventurero?

Cast. Muy sospechoso.

Ang. Dada su libertad, y... sus libertades, más que sospechoso.

Mig. Sobre todo si se tiene en cuenta un de... de... detalle que yo... que yo... que yo me sé.

Todas ¿Cuál?... ¿Cuál?

Mig. No... no... no... me gusta criticar a los amigos, pero el detalle, es de bul... bul... bulto.

Irene Rompe de una vez, Miguelito, que nos tienes sin respiración.

Cast. ¡Sí.. dígalo usted, por Dios, que soy muy curiosa!

Mig. Bueno, pues... allá va. Al salir hace un momento de casa del Marqués, a donde fuí mandado por ti pa... para sacarle unas pesetas, que por cierto no me ha dado...

Ang. ¡Qué grosería!

Irene ¡Qué tacañería!

Cast. ¡Qué indecencia! ¡Acabe usted!

Mig. Trajeron para Margarita un r... r... r... riquísimo *pendantif*, que descubrió el Marqués al recibirlo... Era un re... re... regalo de Manderson, ¿eh?

Irene ¡Oh!

Ang. ¡¡Ah!!

Mig. Y, francamente; regalos de ese valor, a una muchacha soltera, porque sí, no es na... na... natural, aunque sea uno muy millonario.

Cast. Ja, ja... tiene usted razón. (Aparte.) ¡Ay, qué suerte de criatura!

Ang. ¡Cómo está Madrid!

(WILL por la puertecita del fondo.)

Irene Silencio.

(Miguelito simula un ataque de tos; los demás se hacen los distraídos, mientras Irene deja con disimulo, sobre la mesa de Jacobo, el retrato de Margarita.)

Will Mister Manderson, *manda* perdonar ustedes todos; salir él ver ustedes .. en seguida.

Ang. (Amoscada.) Está bien. Esperaremos.

Irene No tenemos prisa.

Cast. ¡Oh, ninguna!

(Vase Will por el vestíbulo.)

Ang. ¡Qué grosería!.. Hacernos esperar...

Cast. Se conoce que la galantería no es su fuerte.

Mig. Al entregarnos su óbolo cambiarán ustedes de opinión.

Cast. Dios le oiga a usted.

(Miguelito va al encuentro de Irene, que se sentó pensativa a la izquierda.)

Mig. ¿En qué estás pen... pensando?

Irene En Margarita.

Mig. Y mal, por supuesto.

Irene Este retrato y lo que tú has contado, es toda una revelación. Luego dicen ustedes que si hablo...

Ang. Habla, Irene, habla. Critiquemos, que en algo hay que pasar el rato.

Cast. Y que desde el escándalo de las de Piñana no sabe una de qué hablar.

Irene Hace tres días ha debido ocurrir algo anormal, porque no se ve a Margarita por ninguna parte; ella, que siempre está como Dios, en todas... (Ríen.) Dicen.. (Bajando la voz.) se sabe, que ha tenido unas llorinas horribles. . ataques nerviosos... ¡Los criados son tan charlatanes!...

Cast. ¡Bah! Con regalos como el de hoy, se pondrá buena fácilmente. A todos nos consta, que el Marqués estaba arruinado. (Con intención.) Pero desde que llegó Manderson, la suerte le favorece locamente (Recalcando.) en todos sus negocios.

Mig. En ese detalle no había caí... caí... caído yo.

Irene Pues levántate, si caes ahora, que con una muchacha libre—demasiado libre—, de la que tanto se ha murmurado; con un millonario de buen ver, excesivamente práctico y cuyas mañas no conocemos; con un padre que para nada se ocupa de su hija .. arruinado, y que se deja favorecer por el millonario se forme una pelota que si empieza a dar vueltas, más vale que no sepamos donde va a caer.

Cast. ¡Muy bonito símil!

Ang. ¡Oh! Se ve cada cosa, desde que las niñas frecuentan los *cines*...

Cast. Ja, ja, ja...

Ang. ¿De qué te ríes, niña?

Cast. De que eso lo dices, desde hace un temporada, en todas las visitas.

Ang. (Amoscada.) No debo andar tan equivocada, cuando se ve... lo que se ve.

Cast. Pues si tú supieras que lo más interesante, será lo que no se ve

Ang. (Severamente.) ¡Jesús! Basta, Castita.

Mig. Sí, basta, que viene.

(JACOBO aparece en la puerta del foro. Ha cambiado de traje.)

Cast. El Creso.

Jacobo Señoras...

Irene ¿Le hemos venido a molestar?

Jacobo No... no. Cierto que tengo mi plan formado, pero siempre dispongo del tiempo necesario para recibir a ustedes.

Ang. (A Castita.) Qué inconveniencia.

Mig. ¿Cómo sigue usted que... que... querido amigo Man. . Manderson?

Jacobo Muy bien, gracias.

(Irene presentando a doña Angeles y a Castita.)

Irene La señora de López, Pérez y González; su hija Castita.

Jacobo Señoras. (Tras profunda reverencia.) Tienen ustedes la bondad de sentarse y decirme a qué debo el honor de esta visita?

Mig. ¿Hablo?

Irene Habla, pero por Dios... sé breve.

(Miguelito se pone de pie y comienza solemnemente su discurso.)

Jacobo (¡Dios mío!)

Mig. Lo se... se... seré. Las críticas circunstancias porque atraviesa la Nación; porque atravesamos todos, y muy especialmente las clases mene... menesterosas, (Jacobo da muestras de impaciencia.) obliga a la dignísima Junta de los za .. zapatos de San Cristóbal...

Jacobo ¿Cómo?

Irene Es el título de la institución benéfica que se preocupa de calzar a los pobres.

Jacobo ¡Ah!...

Mig. Jus... jus... justo. Yo, como presidente honorario... hono... hono... hono.... honorario...

(Jacobo consulta impaciente su reloj. Doña Angeles y Castita se miran, y se mueven en sus asientos nerviosamente. Empieza la escena a obscurecerse.

Irene Miguelito, estás incapaz. Tomo la palabra, porque no acabaríamos nunca.

Mig. Mu... mu... mujer... incapaz no es... es... toy. Un po... po... poco premioso.

Irene Bien; cállate. (A Jacobo.) Sencillamente, amigo Manderson, con el fin de recaudar cinco mil pesetas para el objeto dicho, hemos organizado un festival, en el que tomarán parte las más aplaudidas artistas, líricas, dramáticas y coreográficas.

Cast. Estará brillantísimo. Será una fiesta espléndida... chic... irá todo Madrid. Creo inútil decir a usted, que esperamos que nos preste su concurso personal... y material.

Mig. Este... sobre todo... quise decir que este es el objeto... de la visita.

Jacobo Comprendido. ¿Cuánto tengo que dar?

Cast. (Aparte.) ¡Qué bárbaro!

Irene Lo que usted quiera.

Cast. Cuanto más... mejor, pero lo que usted quiera.

(Todos se sonríen.)

Jacobo Y dígame, ¿de la recaudación habrá que deducir los gastos de teatro, luz, empleados, regalos a las artistas, etc., etc...

Irene Naturalmente.

Jacobo (Tras breve reflexión.) Entonces, supriman ustedes el festival.

Cast. ¡Qué dice!

Ang. ¿Suprimirlo?

Jacobo Yo les daré a ustedes esas cinco mil pesetas. Ustedes podrán invertirlas totalmente en los zapatos de ese... santo; quiero decir, en el calzado que necesitan sus pobres. Soy poco aficionado a esas fiestas y a que mi nombre figure en listas; me gusta hacer la caridad directamente, sin ruido. Y puesto que su objeto es recaudar cinco mil pesetas, les será a ustedes más práctico recibirlas de una vez, y de una sola persona; esto les evitará muchas molestias, y..

Cast. (Aparte.) ¡Nos partió! Estos tíos de negocios... ¡prácticos! aplastan.

(Miguelito con entusiasmo y dándole la mano.)

Mig. Originalísimo. Es usted ge... ge... genial en todo. (Siguen hablando.)

Ang. (A Irene.) Y cómo le decimos que no a este tipo.

Irene (Muy nerviosa.) Y el tonto de Miguelito le está felicitando.

Cast. (Furiosa.) Esto no es caridad, Irene. (A su madre.) Yo no me quedo sin fiesta... ¿Dónde

luzco yo el mantón de chinos que me ha regalado papá? Voy a decirle ahora mismo a este pedante... que no queremos su dinero.

Irene (Cortándole la frase.) Guárdate de semejante cosa.

Ang. No metas... el pie, Castita, que no ha de faltarnos motivo para organizar otro festival... como el fracasado.

Jacobo ¿Aceptadas, verdad? (Separándose de Miguelito.)

Ang. Oh, sí, sí.

Irene Y agradecidísimas.

Cast. Encantadas... por su esplendidez y su... originalidad.

Mig. Cla... cla... claro, hombre, claro.

(Se abre de pronto la puerta derecha mampara y aparece en ella MARGARITA, al ver a los presentes, ahoga un grito e intenta retroceder. Sorprendidos fijan todos en ella la mirada; Margarita queda inmóvil junto a la puerta, bajando al suelo sus ojos. Jacobo, que en su primer impulso va hacia ella, se detiene y mira desconcertado a los personajes que se agrupan, haciendo comentarios, luego queda inmóvil mirando a Margarita.)

Irene (Aparte.) ¡Margarita!

Cast. (Idem.) ¡Tableau!

Ang. (Idem.) Por la puerta particular.

Mig. (Idem.) Qué escán... escán... escándalo.

Cast. (Idem.) Comprendo las prisas... No es tan salvaje como yo creía... (Pausa enojosa.)

Ang. (Irónica.) Señor Manderson; sentiríamos estorbar. En otra ocasión... más oportuna, concretaremos... ¿no le parece?

Jacobo (Desconcertado.) Como ustedes quieran.

Cast. Sí, con su permiso nos retiramos.

Ang. Vamos, niña. Adiós, señor Manderson. Adiós, Margarita.

Cast. (Aparte.) Muy gracioso. Adiós... (Hace mutis por el foro seguida de doña Angeles.)

Irene (Aparte a Miguel.) Es necesario, indispensable, avisar al Marqués... esto es indecoroso.

Mig. Mujer... ¿avisarle?

Irene Es nuestro deber. Tú, te encargas de ello.

Mig. ¿Yo?

Irene Adiós, Manderson. Adiós, Margarita. (Jacobo saluda con una inclinación de cabeza. Margarita igualmente.) Vamos, Miguel. (Sale solemne foro. Miguel la sigue y desde la puerta antes del mutis.)

Mig. Vamos... (Saluda con la cabeza a Margarita.) (¡Qué suerte de ti... ti... tío!) (Vase.)

(Pausa. Demostrando su contrariedad, Margarita se dirige lentamente a un sillón situado a la izquierda de la escena, y se deja caer en él, profundamente abatida.)

Jacobo ¿Puede explicarme qué significa esto?

Marg. Jacobo...

Jacobo Francamente, no acierto a comprender ni tu inesperada aparición, ni la actitud de esos... señores.

Marg. Soy una loca; perdóname.

Jacobo ¿Perdonarte... qué?

Marg. Me he comprometido estúpidamente, y te he comprometido.

Jacobo ¡Oh! No te importe por mí.

Marg. Te creí solo; así me lo dijo ese empleado... de pelo gris, ceremonioso, a quien no conozco.

Jacobo Antonio.

Marg. No sé...

Jacobo Es igual. Habla.

Marg. Ya comprenderás que entrar en tu casa, sin llamar la atención de porteros y criados que me conocen, es difícil; pero llegar hasta aquí, por la casa de Banca, donde entra y sale constantemente tanta gente, donde ningún empleado sabe quién soy, es más disimulado, por lo tanto era lógico que yo escogiera este medio para verte a solas.

Jacobo Comprendo.

Marg. No querían dejarme subir por tu escalera particular, pero insistí; me pidieron mi nombre para avisarte, comprenderás que no quise darlo... dije que me esperabas y... entonces me indicaron el camino sonriendo maliciosamente ¡Bah! ¡qué me importa! necesitaba hablarte sin testigos, sin que nadie conociera nuestra entrevista. No pudo ocurrírseme que mi mala suerte me deparase un encuentro tan... desagradable.

Jacobo Bien, pero hasta ahora nada justifica el motivo que aquí te trae.

Marg. Nada he pretendido justificar: esta es la explicación que te debía por lo que tú has llamado mi aparición; respecto a la actitud de esos... señores, tú, que conoces el mundo mejor que yo, sabrás comprenderla.

Jacobo Sí... sí... ¡qué locura!

Marg. Una más que añadir a las muchas que llevo en mi cuenta, durante estos días, en que parece ha caído sobre mí una maldición del cielo. (Pasa el pañuelo por sus ojos secando una lágrima. Dulcificando el tono, Jacobo se acerca a ella, y acaba por sentarse a su lado.)

Jacobo No hablemos de lo que ya está hecho, vamos a lo que más interesa; el motivo que aquí te trae... Háblame, sin temor, sin recelo alguno... (Margarita alza al cielo los ojos llena de amargura.) Dímelo todo... nadie ha de escucharte con mayor interés, ni con mayor... amor.

Marg. Venía tan resuelta... y ahora no me atrevo... tengo reparo... vergüenza... un miedo muy grande... (Margarita, tras breve vacilación, mira a Jacobo y le pregunta suplicante.) ¿Dónde está Rafael?

(Jacobo se pone en pie y ganando escena a la izquierda, gritando con despecho.)

Jacobo ¡Ah! ¡Lo sospechaba! Se trata de. . ese... de ese... ¿Le quieres de verdad? ¿No era un *flirt*, no era un discreteo? ¡era un amor! ¡un amor! (Con desesperación.) Tu corazón pertenece por entero a ese... ese... miserable... ¿Dónde está?... (Se pasea nervioso, rugiendo como un león enjaulado. De pronto se detiene, va lentamente a la mesa, mira el telegrama, luego coge la carta que le entregó Antonio en la escena primera.) ¿Dónde está? No sé; no sé dónde está; aunque quisiera, no podría contestarte concretamente. Toma, lee tú misma. (Ofreciéndole la carta. Margarita se pone en pie, coge la carta y la lee ávidamente.) Eso... ha tenido la avilantez de escribirme, después de huir como un cobarde. (Se pasea agitado, mientras Margarita acongojadísima, deja caer la carta sobre la mesa.) Ya ves... torpes disculpas... nada. ¡Ah! Mira. (Al ver que Margarita baja la cabeza, abre el telegrama que le dejó antonio y leyéndole, dice.) Este telegrama de mi información particular, confirma que ayer ha cruzado la frontera. ¿Y se cree a salvo?... ¡Estúpido! Bien sabe Dios que no pensaba perseguirle, pero... ahora... ahora sí; le acorralaré como a una fiera hasta darle caza... ¡y luego... luego! (Vencida por la emoción, Margarita lleva sus manos a la frente y retrocede unos

pasos vacilante, presa de un ligero desvanecimiento. Jacobo acude a sostenerla.) ¡Margarita! ¡Margarita! ¿Qué tienes?

Marg. (Reaccionando.) Nada... no es nada. (Dejándose caer en el sillón y rompiendo a llorar amargamente.) ¡No volverá!... ¡Qué infame! ¡Qué infame! (Entre sollozos.) Perdóname, Jacobo; perdóname esta escena .. desagradable.

Jacobo ¿Por qué?... Llora. No te importe llorar delante de mí; nadie mejor que yo sabrá comprenderte; pero no te abandones por completo a tu dolor, reflexiona, piensa.. No todas las mujeres tuvieron como tú ocasión de comprender a tiempo, que no estaba la dicha donde creyeron hallarla...

Marg. ¡Qué espanto!... ¡Qué espanto! ¿Qué va a ser de mí ahora? ¡La desesperación... quizá la muerte!

Jacobo ¿Qué dices? Tú verás cómo con el tiempo, hallarás quien te comprenda, quien sepa hacer tu felicidad.

Marg. Gracias, Jacobo; agradezco tus cariñosas frases, pero no me hables así... por Dios te lo pido.

Jacobo ¿Por qué?

Marg. Porque todo es inútil.

Jacobo ¿Tanto le quieres?

Marg. Si el cariño pudiera borrarse en un día, en un momento, tal vez hoy le aborreciera... pero no debo... *no puedo*... he sido una loca... una inconsciente.. Es preciso que Rafael vuelva... es necesario que le perdones; es indispensable que él sea mi marido... ¿comprendes?, indispensable... (Calla de pronto, sin atreverse a terminar la frase.)

Jacobo Acaba .. (Temiendo comprender.) ¡Acaba!

Marg. Rafael... es el único que puede serlo; el *único* que podrá devolverme el respeto de los demás .. la honra perdida... (Bajando la cabeza.)

Jacobo ¿Eh? ¡Oh! ¡No... no! ¡Mentira! ¡No he comprendido bien! ¡No es posible! ¿Verdad que no es posible? Lo que pienso... es una ruindad monstruosa... absurda...

Marg. No lo es, Jacobo, no lo es... por mi desgracia.

Jacobo (Estupefacto la contempla.) Ese hombre.. ha sido... ha sido... tu...

(Margarita rompe a llorar de nuevo.)

Marg. (Entre sollozos.) Sí. (Amparándose en él.)

Jacobo ¡Oh! (Rechazándola.) Quita... ¡Vete!... ¡vete!... ¡Desgraciada! (Ganando escena a la derecha y fuera de sí.) ¡Y viene a decírmelo a mí! ¡A mí, que por su felicidad he estado dispuesto a sacrificar todas mis ilusiones!... Destrozado mi corazón; mordido por los celos más crueles, esperaba, estúpidamente, que el desengaño la hiciera volver los ojos a la realidad. He sido tan loco, que llegué a soñar con que mi cariño grande, leal, ¡inmenso!, podía servir de compensación al desengaño de un amorío... pasajero .. (Riendo con risa feroz.) Ja, ja .. ¡Amorío pasajero! ¡Imbécil yo, que creí conocerte!.., ¡Imbécil yo, que te supuse mujer inteligente... y virtuosa... y fuerte!... (Con crueldad.) No eres la que yo pensaba, ¡no lo eres! ¿Dónde está tu virtud? ¿Qué hiciste de ella? ¿Dónde tu fortaleza de mujer superior? De poco te ha servido, cuando con tanta facilidad te has entregado a... un cualquiera. (La dignidad se sobrepone al dolor en Margarita a medida que avanza Jacobo en sus improperios, y al gesto de sorpresa por las primeras palabras, sustituye el de la más amarga indignación.)

Marg. Basta, Jacobo, basta; ningún derecho te abona para insultarme así. Del corazón se dispone libremente.

Jacobo Pero no de la honra.

Marg. (Avergonzada.) Basta. Siento haberme equivocado al acudir a ti; no has sido el hermano leal que yo esperaba. Nunca sospeché tu amor, y aún menos que a la confesión de mis penas y a mi confianza, fuera a responderme tu *egoísmo* de hombre.

Jacobo ¡Margarita!

Marg. Y ten presente, que jamás sentiré la necesidad de otro cariño, para borrar este de mi desgracia. Nada pudo hacerte creer otra cosa; mi afecto por ti, es de los que no pueden confundirse

Jacobo Cierto; no sé si fué mayor candidez la tuya al entregarte a ese... ¡ladrón!... o la mía, al esperar *pacientemente*, elevando un altar en mi pecho, a quien no era digna de él. (Cae sollozando en un sillón.)

Marg. (Dirigiéndose a la puerta del vestíbulo, después de secar sus lágrimas y echar sobre su rostro el velo de su sombrero.) Y... yo, te creía distinto a los demás. ¡Adiós!

Jacobo (Incorporándose y deteniéndola.) Espera.

Marg. ¿Para que continúes insultándome? No. (Inicia el mutis.)

Jacobo (Dominándose y dulcificando la voz.) ¡Perdóname, tienes razón! ¿Quién soy yo para.. ? No tengo derecho... (Margarita se detiene y le mira.) Te pido perdón por mis palabras de antes, por mis violencias. Comprende que ni el estado de mi ánimo, puede juzgar imparcialmente tu... desgracia; ni es posible que puedas *tú*, hacerte cargo de cuanto pasa por mí. Los hombres más hombres, en mi caso, caen con facilidad en el ridículo... yo no supe evitarlo... no he podido evitarlo. Otra vez te pido perdón.

Marg. ¡Jacobo!

(WILL por el vestíbulo. Margarita oculta instintivamente el rostro. Jacobo con un gesto de viva contrariedad.)

Jacobo ¿A qué vienes tú aquí?

Will Señog Marqués dice querer ver mucho prisa a míster ..

Marg. ¡Mi padre!

Jacobo ¿El Marqués? ¡Oh! (Mira un instante a Margarita desconcertado. Yendo decididamente al foro y echando a Will le dice.) Que no entre hasta que lo llame. (Cierra la puerta.)

Will *Veri üell.*

Marg. ¡Mi padre aquí!

Jacobo Viene en tu busca, porque a estas horas no acostumbra a venir a la Banca, y a mis habitaciones no sube casi nunca. (Pausa.) Tú decidirás, Margarita. Yo creo que las situaciones difíciles deben arrostrarse serenamente, friamente ¿Quieres que le confiese? ¿Quieres que le pida perdón... para ti?

Marg. ¡Oh, no, no! ¡Nunca! ¡Jesús! Si él conociera mi deshonra .. me mataría, Jacobo, me mataría. Le conozco... lo sé .. ¡Qué espanto! (Aterrada.) Tampoco sobreviviría él a esta vergüenza.

Jacobo ¿Qué hacer entonces? ¿Debo negarle que has venido?

Marg. Niégalo, sí; niégalo... ¡por Dios te lo pido! ¡Sálvame por lo que más quieras! ¡¡Mírame de rodillas!! (Arrodillándose enloquecida.)

Jacobo ¡Oh! levanta. . levanta. Sal por aquí... y nada temas. (Abriendo la puerta mampara e indicándole la salida.)

Marg. ¡Júrame que no dirás una palabra, júrame que me salvarás, Jacobo, sea como sea!

Jacobo No preciso jurar para cumplirte mi palabra... Te salvaré, *ahora y siempre*, aunque me cueste la vida. Sal.

Marg. (Besándole las manos.) ¡Gracias!... (Hace mutis.)

(Jacobo cierra con pestillo la mampara. Se pasa las manos por el rostro, como despertando de una pesadilla. Se dirige, por fin, al foro; da vuelta al interruptor de la luz y queda la escena iluminada. Abre después la puerta del vestíbulo, toca el timbre y baja tranquilo al proscenio, esperando de espaldas al público la llegada del MARQUÉS; éste se detiene en el umbral, echando en la habitación una mirada investigadora.)

Jacobo Adelante, adelante, ¿cómo usted por aquí y a estas horas? Pase usted y siéntese.

Marqués (Secamente.) Gracias.

Jacobo ¿Qué le sucede? ¡Parece usted contrariado!

(En el tono y en el gesto revelará el Marqués su reprimida cólera.)

Marqués ¿No esperabas mi visita, verdad?

Jacobo No, francamente.

Marqués A pesar de no esperarla, supongo que no te sorprenderá.

Jacobo Pues. . me sorprende... ¿Está usted incomodado conmigo?

Marqués Basta de palabras inútiles, Jacobo. ¿Dónde está mi hija?

Jacobo ¿Margarita?

Marqués Margarita. Me consta positivamente que está aquí... en tu casa..

Jacobo (Rotundamente) No.

(El Marqués da violento un paso hacia Jacobo, él permanece frío, impasible, desconcertándole con su actitud.)

Marqués Jacobo, no des lugar a que mi nerviosidad provoque un segundo escándalo. Esto será seguramente lo que tú pretendes... como indigno coronamiento de tu plan.

Jacobo ¿De mi plan? Explíquese usted, porque le aseguro que no entiendo.

Marqués (Atajándole.) ¡Basta!... (Irónico.) ¡Puedes estar orgul oso de tu hazaña!... Bien has sabido comprometer a mi pobre hija... ¿Fué para llegar a ésto por lo que me prestaste tu ayuda? ¿Querías pagar... mi deshonra?

(Jacobo no puede reprimir un gesto de coraje.)

Jacobo ¡Yo! ¡¡Yo!! Marqués... está usted ofuscado completamente.

Marqués Si tu desfachatez llega hasta el extremo de negar, lo que al venir a esta casa me consta de antemano de modo terminante, sé perfectamente cuál es mi deber. No me obligues, pues, a que llegue a la violencia, porque si es preciso, Jacobo, estoy dispuesto a todo. (Avanzando amenazador.) ¿Lo oyes, miserable?

Jacobo (Frío, le contiene con el gesto.) Serénese usted, se lo ruego. No puedo responder a los insultos de usted, porque, aparte del respeto y del cariño que le debo, los supongo hijos de una obcecación... de un mal entendido, que hay que desvanecer. Por sus palabras, deduzco que viene usted a mi casa, poco menos que a exigirme que le devuelva a su hija, como si aquí estuviera Margarita y yo pretendiera ocultarla... con fines poco nobles. (El Marqués hace un movimiento.) Pues bien; le doy a usted mi palabra de caballero, de que... aquí, *no está* Margarita, y si gente villana, que mal la quiere, la hizo objeto de una baja calumnia... que me alcanza, mintió.

Marqués (Algo desconcertado.) Mide bien tus palabras, Jacobo...

Jacobo (Categóricamente.) Están muy bien medidas, Marqués.

(Llaman a la puerta mampara fuertemente. Jacobo no puede reprimir un gesto de sorpresa. El Marqués se da cuenta de él y hace intención de ir a abrir.)

Marqués ¡Ah!

Jacobo (Espontáneamente.) No.

Marqués ¿Y por qué no?

(Va decididamente a la puerta y abre. Entra PEPE sonriente, y elegantemente vestido.)

Pepe Hola, Salvador. ¿Qué os ocurre? ¿Qué pasa? Ya supuse que estaba aquí, al ver a Margarita... al pie de la escalera. Por cierto, que no se ha dignado responder a mi saludo.

(Jacobo, anonadado, cae en un sillón. El Marqués va hacia él tembloroso. Pepe observa la escena estupefacto.)

Marqués (A Jacobo.) ¿Qué dices ahora? Pocos deben ser tus méritos, cuando *así*, has pretendido hacer inevitable lo que por medios dignos, nunca hubieras logrado...

Jacobo Marqués.. Marqués... ¡No continúe insultándome!

Marqués Si queda algo en ti de caballero, de sobra

sabes cuál es tu deber, no olvides que si no lo cumples, sabré yo cumplir con el mío. (Vase por el foro.)

Pepe Pero, ¿quieres explicarme qué significa todo esto?

(Jacobo da unos pasos hacia él con los puños cerrados y sujetándole, le zarandea violentamente.)

Jacobo ¿Qué significa?... ¡Tú tienes la culpa de todo!...

Pepe (Aterrado.) ¿Yo? ¿Yo? ¡Jacobo! ¡Suéltame! ¡Que me ahogas, hombre!

Jacobo (Soltándole.) Perdóname... ¡La culpa no es tuya! ¡La culpa no es tuya! ¡Es mía! ¡¡Mía!! ¿Por qué he venido a España?... ¡Por qué he venido! (Se dirige a un sillón y cae en él profundamente abatido, casi sollozando. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior. Han transcurrido seis meses. Son las once de la mañana de un día del mes de octubre. Al levantarse el telón, MARGARITA está junto al mirador de cristales, observando con impaciencia. Después de una pausa larga, se dirige a la «chaise-longue». Se sienta, saca del pecho unos papeles que lee, demostrando preocupación y ansiedad. Una vez leídos, de nuevo los guarda cuidadosamente en el mismo sitio de donde los sacó. Se incorpora, vuelve al mirador; va luego al vestíbulo y da, en fin, la sensación de una persona que espera a otra con impaciencia.

—

(Por la mampara, aparece ANTONIO, siempre tan ceremonioso, con unos legajos de papeles y una gran cartera.)

Marg. (Volviendo la cabeza con sobresalto al oir el ruido de la mampara.) ¿Quién?... ¡Ah, es usted!...

Ant. (Haciendo una reverencia.) Con el permiso de la señora y siempre a las órdenes de la señora.

Marg. ¿Qué desea usted?

Ant. El señor me ha ordenado que suba... y deje aquí, en su mesa, esta carpeta y estos papeles...

Marg. Pues déjelos usted.

Ant. Desea revisarlos después con toda calma. (Los deja.) Son del asunto de la quiebra de la «Hispanis American Company»... Asunto que nos *trae* de cabeza... (Margarita vuelve al mirador, siempre impaciente.) Pero como el señor es tan bueno y se interesa en sacar a flote.. Además, como ha intervenido la Embajada...

Marg. Bien está, Antonio, bien está. No me cuente

usted nada. Siempre me he abstenido de averiguar o intervenir en los asuntos de mi marido, no he de hacer ahora una excepción.

Ant. (Inclinándose.) Así es; perdone la señora.

Marg. (Cambiando de tono.) ¿Está el señor en el despacho?

Ant. Sí, señora.

Marg. ¿Va a subir pronto?

Ant. No creo. Acaban de entrar para conferenciar con él, el presidente y el secretario del Consejo de Administración de... La conferencia durará dos horas lo menos...

Marg. Está bien. Gracias.

Ant. ¿Desea algo más de mí la señora?

Marg. Nada más.

Ant. Con el permiso de la señora... (Hace una reverencia y se dirige a la mampara, al llegar a ella, la abre y, antes de hacer mutis saluda nuevamente.) Siempre a los pies de la señora.

Marg. ¡Jesús, qué hombre! (Con fastidio.)

(Por el vestíbulo, aparece ISABEL y poco después PEPE.)

Isabel Señorita, don José.

Marg. Gracias a Dios. (A Isabel.) Mientras el señorito esté aquí, no estoy en casa para nadie.

Isabel Como la señorita ordene. (Hace mutis por el vestíbulo al mismo tiempo que llega a él PEPE.)

Pepe Buenos dias, sobrina. Aquí me tienes. ¿Qué te ocurre?

Marg. Pasa y siéntate.

(Pepe se acerca a ella cariñoso, la besa en la frente y pregunta con acento cómico al ver que Margarita cierra las puertas del vestíbulo.)

Pepe ¿Qué es ésto? ¿Quieres secuestrarme? Por los preparativos, comprendo que no es broma lo de la entrevista a *solas* . que me pedías en tu carta, con toda urgencia.

Marg. No; por desgracia, algo trascendental y terrible, me ha obligado a llamarte.

Pepe ¿Terrible? ¡Criatura, por Dios! ¡No exageres! Nada terrible ni de trascendencia puede ocurrirle a una mujer como tú: joven, bonita, casada con un hombre inmensamente rico y locamente enamorado de ti... lo único trascendental, es la dicha que disfrutas, y que yo pido a Dios que sea eterna.

Marg. No, tío Pepe, no; escúchame atentamente, en serio. Nadie ha de venir a interrumpir-

nos. Sin embargo, es tal mi vergüenza y mi dolor, que, por un milagro, quisiera que toda mi confesión durase dos minutos.

Pepe (Serio.) ¿Qué es ésto? Me vas haciendo entrar en cuidado.

Marg. Estoy perdida.. irremisiblemente perdida... y sólo tú puedes salvarme.

Pepe (Queriendo adivinar.) ¿Acaso Jacobo?...

Marg. Es el más bueno de los hombres y el más caballero ..

Pepe ¿Entonces?...

Marg. Es preciso... sí, es preciso concluir de una vez. (Resuelta.) Mi matrimonio... no ha sido un matrimonio de amor, como mi padre y tú... y todos, han supuesto. (Transición.) Mi casamiento fué debido a una de esas fatalidades que parecen inverosímiles; a una cobardía mía... ¡sólo mía! ¡Ay, tío, aún no acierto a comprender si vivo dentro de una triste realidad o si soy víctima de la más terrible pesadilla!

Pepe Concluye.

Marg. Antes de venir Jacobo a España, yo tenía relaciones con... Rafael...

Pepe ¡Ah! Lo adiviné... y también Jacobo lo sospechaba.

Marg. No me interrumpas. Tú sabes que a pesar de la libertad absoluta en que siempre me dejó mi padre, nunca he sido muchacha de amoríos, ni de *flirt*. Rafael fué mi *primer novio:* mi único amor; había puesto en él todo mi cariño, toda mi fe; creía en sus palabras, en sus promesas y aun cuando no ignoraba que era un loco, un calavera, fiaba ¡necia! en que por mí.. podía regenerarse... Pues bien, no; (Rabiosa.) me equivoqué... me equivoqué... Aquel canalla, fué conmigo todo lo vil que puede ser un hombre a quien una pobre mujer, olvidándose de todo, hace entrega... de cuanto para ella vale más que su propia vida.

Pepe (Comprendiendo.) ¡Margarita! ¡Tú!...

Marg. (Enloquecida.) ¡Sí, sí, yo! ¡Yo! ¿Qué imbécil, verdad? ¡Qué loca, qué loca fuí! (Llora. Pepe la contempla consternado; ella, después de una pausa, se repone y continúa su relación.) Como no ignoras, a los cinco o seis meses, Rafael desapareció de Madrid robando a Jacobo una cre-

cida cantidad. Para completar su hazaña, me escribió en el momento de partir, una carta indigna, cínica, *despidiéndose* de mí y *lamentando* que las circunstancias y la *necesidad* de vivir, no le permitiesen cumplirme su palabra...

Pepe ¡Qué miserable!

Marg. Aquella carta fué para mí la más cruel de las burlas. Prescindiendo de todas las conveniencias, de todos los respetos, vine secretamente a esta casa. Fuí una imprudente... porque *aquí* estaban Irene y su marido; doña Angeles y su hija... Salieron de aquí creyéndome la amante de Jacobo...

Pepe ¡Qué infamia!

Marg. Y... piadosamente fueron a prevenir a mi padre. Jacobo me preguntó el motivo de mi inesperada visita y... yo, le confesé la verdad de mi desgracia...

Pepe (Con asombro.) ¡A él! ¿Le digiste... a él?...

Marg. ¡Toda la verdad! Confié mi secreto a quien menos debía, porque Jacobo me amaba...

Pepe Lo sé... lo sé...

Marg. Cuando iba ya a marcharme, anunció Will la llegada de mi padre. ¡Comprenderás mi espanto! Enloquecida, de rodillas, pedí a Jacobo que le ocultase nuestra escena. Lo que resta es fácil de adivinar. Mi padre, intransigente, exigió de Jacobo una reparación de la supuesta afrenta. Todas las pruebas le acusaban, y ante la actitud de mi padre, al que respeta y quiere como al suyo propio, Jacobo acudió a mí: tuvo conmigo una entrevista, limitándose caballerosamente a dejar en mis manos la solución del conflicto. Yo era, pues, la única que podía y debía decir a mi padre la verdad.... Quise hacerlo... Decidida, me dirigí a su encuentro, pero la actitud adoptada conmigo, a quien no volvió a dirigir la palabra desde la tarde aquella, y sobre todo la severidad de su rostro, me sobrecogieron y... callé.

Pepe Hiciste mal, muy mal.

Marg. Lo reconozco. Me faltó valor.

Pepe ¿Valor?

(A una mirada de reproche de Pepe.)

Marg. Fuí una infame, sí; ahora comprendo la magnitud del hecho... pero lo repito, fué tan

inesperado el golpe, tan rápida la solución exigida, que no pude o no supe medir las consecuencias.

Pepe Te compadezco, hija mía, y me doy perfecta cuenta de tus sufrimientos, y sin embargo, en seis meses nadie ha podido sospechar tu falsa situación. Al lado de un hombre, correcto a los ojos del mundo, pero que en su despecho, te habrá llenado de humillaciones.

Marg. ¡Ojalá!

Pepe ¿Qué dices?

Marg Resignada para recibirlas, me hubiera mantenido lejos de él. Al principio, temía, recelaba; luego fuí acostumbrándome a vivir como vivimos, extraños casi el uno para el otro, pero aunque nuestra vida íntima es de completa separación, nunca, ni aun hallándonos solos, ha brotado de los labios de Jacobo una palabra de reproche... ni la menor alusión, no ya ofensiva .. molesta.

Pepe ¿Nunca te ha echado en cara tu proceder?

Marg. Jamás. Los menores deseos míos, hasta aquellos que sólo expreso con los ojos, sabe adivinarlos. Siempre encuentra el medio indirecto de satisfacerlos con galantería.

Pepe ¡Qué hombre! ¡Cuánta generosidad la suya!

Marg. ¡Y cuánta mi desgracia! Sí; porque habiendo conocido la nobleza de su corazón, no he tenido más remedio que amarle, y hoy, le quiero con toda mi alma.

Pepe ¡Hija!

Marg. ¡Apasionadamente! ¡Es mi castigo!...

Pepe ¡Quién sabe! El tiempo...

Marg. No; la debilidad no es la característica de Jacobo.

Pepe ¿Y... si continúa amándote?

Marg. Quizá no me desprecie... ¿pero amarme? ¡Ya no! Mientras viva mi padre, nuestra situación seguirá siendo la misma de hoy; cuando mi padre falte, ¡quedará roto para siempre este falso lazo que nos une! Lo que él decida, sea lo que fuere, lo aceptaré con resignación...

Pepe ¡Margarita!

Marg. Entre Jacobo y yo media un abismo.

Pepe Verdad.

Marg Y por si esto fuera poco para mi expiación, la fatalidad quiere hoy acelerar los aconte-

cimientos, provocando una nueva catástrofe.

Pepe ¿Cómo?

Marg. Esta es la razón, por lo que me he visto obligada a recurrir a ti, única persona a quien puedo confiarme. Hace diez días recibí una carta firmada por un tal Pedro Vallini, en la que, con descaro inaudito, me manifestaba que: «teniendo en su poder, como *depósito sagrado*.. retratos y cartas mías, dirigidas a Rafael, cartas en las que no cabía duda sobre la *intimidad* de nuestras relaciones, éste le había escrito diciéndole que serios reveses de fortuna le obligaban a buscar la salvación en dichas cartas». En consecuencia: le ordenaba *negociase* el sagrado depósito .. en veinticinco mil pesetas...

Pepe ¡Qué canalla!

Marg. Comprenderás mi estupor.

Pepe ¿Qué hiciste?

Marg. El golpe fué tan rudo y tan inesperado, que estuve dos o tres días sin tomar resolución alguna; como atontada. Al cabo de ellos, nuevo aviso más apremiante... Mira. (Saca del pecho los papeles a que se hace referencia en la acotación de principio de acto. Leyendo.) «Señora: si no se decide usted a recoger en el precio pedido *lo que usted sabe*, con harto dolor, me veré precisado a *negociar*... con persona... muy allegada a usted».

Pepe ¿Jacobo?

Marg. Eso pensé yo. Envié a Isabel, mi doncella, que inquiriese con toda discreción. En efecto, en la calle del Vidrio, trece, piso quinto, vivía un pintor, bohemio, vendedor callejero, llamado Pedro Vallini.

Pepe ¿Qué hiciste entonces?

Marg. Una nueva locura... Escribirle. (Al gesto de Pepe.) Sí; ahora comprendo que no debí cometer tal imprudencia, pero, ¿estaba yo en situación de meditar? ¿Cómo reunir las veinticinco mil pesetas? ¿Con qué pretexto pedírselas a mi padre o a mi marido? Hubiese podido vender o empeñar algunas alhajas, pero, ¿a quién confiarme para ello? Además, este recurso, podía ser, en último caso, utilizable; lo más urgente era evitar que aquel hombre cumpliera su amenaza y entregase a Jacobo mis cartas. Aunque conocedor, por

mí misma de mi desgracia, el leer párrafos íntimos, de mujer confiada, había de ser para él muy doloroso; un motivo más para odiarme. Si alguna vez el perdón pudiera estar cerca, ésto le alejaría, haciéndolo imposible.

Pepe Verdad, hija mía.

Marg. Conoce por fin, la magnitud de la catástrofe. Ayer tarde, casi al anocher, recibí este papel; lee tú mismo.

Pepe (Leyendo.) Señora: su amable carta, es para *nuestro negocio* preciosa *letra de cambio,* sin temor a *protesto.* Ella es, además, la mejor prueba, para quien al recibir las otras, compruebe que no soy un falsario, como usted teme. Comprendo que no posea usted la crecida cantidad, en que el propietario del *precioso tesoro*, estipula la venta, y como en estos asuntos no cabe *regateo*, ni yo soy más que un intermediario, repito ahora, a la *persona allegada a usted*, y que ya indiqué en mi segunda carta, la proposición que a usted hice en mi primera. (Pepe se interrumpe y mira estupefacio a Margarita. Esta le indica que continúe. Pepe sigue leyendo.) Confío en que mañana por la mañana quedará usted libre de preocupaciones. Perdone usted, señora, este proceder poco correcto. Si yo hubiera sido el venturoso protagonista de este drama, no hubiera vendido sus deliciosas «patitas de mosca» ni por todos los millones que tiene su feliz marido. Besa sus pies, Pedro Vallini, Pintor de historia. Postdata. La persona con quien seguramente podré negociar, es el señor Marqués de Romerales. Omití antes el nombre por olvido.» (Pepe devuelve la carta y qneda anonadado.)

Marg. ¿Comprendes mi situación? ¡Es horrible! Si ese hombre cumple su amenaza, ¿para qué cuanto he hecho? ¡Todo destruído!... ¡Todo!

Pepe Tienes razón, hija mía. El caso es grave, pero no desesperado. Por mucha prisa que ese bandido se dé para realizar su proyecto, no es posible que en tan poco tiempo lo corone, con éxito. Tranquilízate y dispón de mí. Ahora mismo, voy a la Jefatura de Policía y...

Marg. ¿Qué vas a hacer? ¿La policía? Nunca...

¿Cómo evitar entonces que mi deshonra sea pública? Es preciso buscar a ese hombre, en secreto; evitar que vea a mi padre. Comprarle las cartas; pagar su silencio sea como sea y en lo que sea.

Pepe Quizá fuese esto lo mejor... pero yo, Margarita, no poseo... Puedo, sí, disponer de diez o quince mil pesetas, en el momento, que son tuyas.

Marg. Gracias... Está todo resuelto. (Se levanta y coge de encima de la mesa una cajita pequeña de piel.) Toma. Aquí hay varias joyas, algunas antiguas de mi madre, que no luzco casi nunca. Collares, sortijas, broches y pendantifs... Empéñalas... Seguramente sacarás con creces el dinero preciso, para que ese miserable quede contento.

Pepe Margarita... hija... (Negándose a aceptar el encargo.)

Marg. Es indispensable. Te lo ruego.

Pepe ¿Y... si yo... pidiese a Jacobo para un negocio mío?...

Marg. ¡Nunca! Bastante le debo. . Antes que pagar... *eso*. . con dinero suyo, me mataría... toma... (Dándole la caja.)

Pepe Sea.

Marg. Y pronto... pronto...

Pepe (Tomando la caja.) Voy en seguida... Ante todo quiero pasar por casa de tu padre... Si nada noto en ella de anormal... buscaré a ese Vallini... y volveré a verte...

Marg. (Viendo entrar a Jacobo.) Jacobo... Silencio...

(JACOBO entra por la mampara: trae un telegrama abierto en la mano. Al ver a Pepe con Margarita no hace movimiento ninguno de extrañeza. Dobla el telegrama pausadamente y lo guarda, por fin, en uno de los bolsillos de su americana.)

Jacobo Hola... ¿tú aquí?...

Marg. (Adelantándose a la respuesta de Pepe.) Tío Pepe subió a buscarte; le dijeron en el despacho que estabas conmigo... Nos hemos entretenido charlando... pero ya se marchaba...

(Pepe, un poco azorado, quiere ocultar el estuche que Margarita le dió. Jocobo le observa.)

Pepe Eso .. ya me marchaba ..

Jacobo Me ha ocupado mucho tiempo ese endiablado asunto de la *Hispanis American Company*. El presidente y el secretario del Consejo

de Administración en Madrid han estado consultándome para una fórmula de arreglo, pero lo veo difícil. He tenido que despedirles, al fin, sin esperanza de solución práctica. (Notando su azoramiento.) Pero... ¿qué te pasa? Estás como azorado .. Dice Margarita que venías a verme y no haces más que mirar a la puerta del vestíbulo... como si quisieras escapar pronto... huir de mí...

Pepe Hombre, por Dios... no tanto... ¿Escapar? Je, je. Huir... ¿por qué? Je, je... Había venido, es cierto, a verte, para nada importante, por el gusto de charlar contigo unos minutos... Eso es... unos minutos que tenía libres. Los empleé hablando con mi sobrina... y como no dispongo de más tiempo... pues .. terminó la holganza. (Mirando el reloj) Uf, es tardísimo. (A Margarita.) Ya te dije que tenía que ver a tu padre... Estoy citado con él... He de entrar antes en casa de Faya, el joyero, para dejar este encarguito. (Mostrando el estuche.) Cosas de Margarita... Unos arreglos... composturas y cambios... ¡Caprichos de mujer feliz!... (Enseñando el estuche y retirándolo al propio tiempo, disimuladamente se acerca a la puerta del vestíbulo.) No sabía si llevarlo ella misma o encargarlo... Yo me he ofrecido... ¿No te parecerá mal? ¡Claro! ¿Por qué ha de parecértelo?

Jacobo Tú te lo dices todo. Ve donde quieras y cuando quieras... porque observo por tu afán de explicaciones... que algo quieres ocultarme...

Marg. (Protestando.) Jacobo.

Pepe ¡Hombre!

Jacobo (Frío.) No soy curioso. Sé por Will que hace una hora que estáis aquí de conferencia... y bien veis que no he subido a interrumpiros. Sea lo que sea, lo que hayáis hablado, cuando nada me decís será porque no queréis que yo lo sepa... Y no lo sabré... os lo repito; la curiosidad no es mi fuerte. (A Pepe.) Puedes irte tranquilo, que no trataré de averiguar...

Pepe Caramba... tienes unas salidas que le dejan a uno estupefacto...

Marg. Te aseguro, Jacobo, que si es cierto que tío Pepe y yo hemos estado aquí *de conferencia,*

como tú dices, (Tratando de sonreir.) ésta no ha tenido importancia... Cosas mías... mejor dicho, cosas de...

Jacobo Lo que fuere... no he de tratar de averiguarlo... (Yendo a su mesa y revisando.)

Pepe Bien... Entonces... me voy... hasta pronto, hija mía... Hasta luego, Jacobo.

Jacobo Te agradeceré que vengas esta noche a verme. Me es forzoso hablar contigo de algo muy trascendental y muy urgente. Este telegrama que da solución inesperada a un asunto en el que estaba interesado hace mucho tiempo, me obliga a emprender un largo viaje...

Pepe ¿Cómo? ¿Te marchas?...

Jacobo Quizá mañana mismo. Por eso... también yo necesito *conferenciar* contigo.

Pepe Volveré antes de la noche.

Jacobo Hasta luego y no faltes.

(Pepe y Margarita se miran extrañados. Jacobo abre un cajón de la mesa, saca de él papeles y empieza a ordenarlos. Margarita le observa indecisa. Pausa larga. Por fin se decide a preguntarle.)

Marg. ¿Tan urgente es ese viaje?

Jacobo Urgente e indispensable. (Nueva pausa.)

Marg. Para... ¿asuntos de la Banca?

Jacobo No.

Marg. ¡Ah!... ¿Durará mucho tu ausencia?

Jacobo (Enigmático.) Sí, mucho.

Marg. Perdona que siga interrogánte, sé muy bien que no tengo derecho a intervenir en nada tuyo... pero...

Jacobo (Amable.) Jamás te negué ese derecho; por el contrario, siempre te dí cuenta de *todo cuanto pudiera interesarte...* ¿Has tenido alguna queja de mí, he cometido, sin saberlo, alguna indelicadeza desde que soy... tu marido?

Marg. (Casi llorando.) No, no. Ninguna falta, ninguna incorrección. En todo has sido muy cortés, muy delicado, muy correcto... ¡Cómo negar que tu... sistema ha sido ese!

Jacobo (Altivo.) ¿Mi sistema? ¡Margarita!...

Marg. (Estallando.) ¡Ay, cuánto más hubiera preferido tus reproches y tus violencias!

Jacobo No sabes lo que dices.

Marg. Sí; lo sé. ¡Menos dulzura, menos cortesía! Tu eterna sonrisa, tu amabilidad constante,

quizá no fueran actos premeditados, pero desde luego me ha producido más dolor, que el dolor de mi afrenta.

Jacobo ¡Margarita!

Marg. Mil veces más; porque cada palabra tuya, cada pregunta, cada obsequio, era una nueva humillación, un medio de hacerme reconocer tu superioridad. Como si con los ojos quisieras decirme: Mírame, mujer; *mírate* después tú misma... y compara.

Jacobo ¡Oh, qué locura! ¡Qué locura!... ¡Creerme capaz de semejante villanía! No me has conocido nunca, no me conocerás nunca.

Marg. (Con desaliento.) Y si algún día llego a conocerte... ¡será demasiado tarde! Dejémoslo. (Cambiando de tono.) Este viaje inesperado...

Jacobo No considero oportuno el momento para enterarte de cuanto a él se refiere. Mañana, después de la entrevista que he de tener esta noche con Pepe y con tu padre, a quien avisaré más tarde por teléfono... podrán ellos darte cuenta de mi proyecto y de cuanto concierne a mi marcha.

Marg. ¿Ellos? ¿Por qué ellos?

Jacobo Porque para mí sería muy violento. Recuerdos dolorosos de hechos pasados, se removerían; seguramente, sin yo quererlo, te heriría ofendiendo sentimientos, que por ser tuyos, quiero respetar.

Marg. ¿Qué significa?

Jacobo Bien sabes que desde nuestra unión jamás pronuncié palabra que pudiera aludir a nuestra mutua desventura. Voluntariamente acepté mi cruz, esperando, ¿a qué negarlo?, que las circunstancias me permitieran, sin miedo a que tu nombre y tu honor, que ya es el mío, pudieran ser atacados, quedar en libertad para... vivir nuevamente mi vida.

Marg. (Comprendiendo con dolor.) ¡Oh, Jacobo! ¿Qué quieres decir?

Jacobo El texto inesperado de este telegrama, podría ser... ¡será! la solución tanto tiempo esperada.

Marg. (Comprendiendo.) ¿Entonces es que te vas... para siempre?

Jacobo Sí.

Marg. (Aterrada.) ¿Qué dice ese telegrama?... ¿De quién es?

Jacobo Repito que no juzgo este momento el oportuno para enterarte... tu padre y Pepe...

Marg. Y yo repito también que no debes condenarme a esta tortura. Siempre has sido generoso, ¿por qué no seguir siéndolo hasta el fin? Responde con franqueza. Puesto que me abandonas... (Gesto de Jacobo.) Sí, sí; me abandonas; tú mismo has dicho que te vas. . ¡para siempre! tengo derecho a que tú ¡tú! no mi tío ni mi padre, me explique las razones que te llevan a herirme con un nuevo golpe.

Jacobo Insisto en que me sería muy doloroso remover el pasado... Por ti, por mí, por todos.

Marg. Los demás, ya nada pueden importarte. En cuanto a mí... no tengo reparo, ¿qué dolores no me son familiares? Habla, te escucho serena. ¿De quién es ese telegrama? ¿Qué dice?

Jacobo ¿Te empeñas en saberlo?

Marg. Sí.

Jacobo Sea. (Saliendo de detrás de la mesa, avanzando hacia Margarita, que escucha ansiosa, mientras Jacobo saca el telegrama del bolsillo.) Este despacho es de Raffer, mi agente que está en Berlín... tuve hace diez días otro notificándome...

(La escena se interrumpe por la brusca aparición de WILL, que llega descompuesto, detrás de él, viene el MARQUÉS.)

Will *Míster Manderson lisen-tu-mi... Itis Míster...*

Jacobo (Viendo entrar al Marqués indica con un gesto enérgico a Will que se retire.) *Very uél!*

(Will sale. El Marqués de Romerales avanza agitadísimo, violento, pero se contiene algo al advertir la actitud expectante de Jacobo. Margarita retrocede espantada porque comprende a qué obedece la inesperada llegada de su padre.)

Marg. ¡Jesús!

Jacobo ¿Qué es ésto? ¿Qué le ocurre a usted? Está usted agitadísimo.

Marqués (Conteniendose.) Quisiera hablar a solas con... Margarita, te agradeceré que me dejes solo con ella.

Jacobo Sin embargo... séame antes permitido preguntar a qué obedece esta inesperada visita. El espanto de Will justifica mi extrañeza ..

también a él ha sorprendido la llegada violenta de usted...

Marqués Es posible... trató de anunciarme, y como yo no quería que se previniese a nadie... le traté bruscamente. En fin, esto no es del caso. Vuelvo a decirte que *deseo hablar a solas* con mi hija y vuelvo a rogarte que nos dejes. Será corta la plática... (Sonriendo siniestramente) Pronto te llamaré.

Jacobo Como usted mande.

(Margarita que alternativamente mira al Marqués y a su marido, al ver que éste se dispone a salir, corre hacia él y casi cae de rodillas a sus pies.)

Marg. ¡No por Dios! No te vayas, no te vayas... ¡viene a matarme! ¡no me abandones, Jacobo! ¡defiéndeme!

Jacobo (Extrañado.) ¿Cómo?

Marqués ¡Ah! ¿Sabes a lo que vengo? ¿Tienes miedo? Haces bien en temblar... Haces bien, porque voy a matarte... ¡Miserable! (Avanza hacia Margarita a quien Jacobo protege.)

Jacobo ¡Cuidado, padre, cuidado... ¿Qué va usted a hacer?

Marqués No la defiendas... ¡Si tú supieras! ¿Conoces ésto? (Enseñando a Margarita un paquete de cartas.) ¿Lo conoces? Dí...

Jacobo (Interrogando a su mujer y al Marqués.) ¿Qué significa?...

Marqués (Arrojando a los pies de Margarita el paquete.) Toma, dáselas a tu marido... ¡Que él las lea!... ¡Que te conozca!... ¡que sepa de una vez quién eres tú! (Con ironía feroz.) ¡A ver si entonces te defiende!...

Jacobo (A Margarita.) Margarita... me explicarás...

Marg. (Incorporándose y balbuceando casi al oído de Jacobo.) Son cartas mías... de entonces... dirigidas a *él*... ¿Comprendes? Un miserable puesto de acuerdo con... (Resuelta entrega a Jacobo las cartas que sacó del pecho en la escena con Pepe y dice:) Toma, haz de mí lo que quieras, pero antes lee.

Marqués (Estupefacto.) ¿Qué es ésto? (A Jacobo.) Pero tú... (A Margarita) Lo sabía... ¡lo sabía! y ¿no te mató? ¿Cómo has podido engañarle para que te dejase vivir?

Jacobo (Después de haber leído las cartas de Pedro Vallini, se las guarda en el bolsillo.) Henos al fin. (Entrega a Margarita el paquete que tiró al suelo el mar-

qués, y con suma dulzura le dice.) Toma, son tuyas. Puedes hacer de ellas lo que quieras.

Marg. (Amorosamente vencida.) ¡Jacobo!

Jacobo (Siempre dulcemente.) Retírate; ahora soy yo quien necesita hablar a solas con tu padre. (El marqués observa estupefacto.)

Marg. ¿Vas a decirle?...

Jacobo ¿No crees tú que es necesario?...

Marg. (Rendida.) Sí. Bastante has sufrido. Díselo... y que sea de mí lo que Dios quiera.

Jacobo Sal.

Marg. Te obedezco. (Llorosa, resignada, hace mutis puerta pequeña fondo.)

(Gran pausa.)

Marqués (Mira a Jacobo interrogante.) Me explicarás qué significa...

Jacobo (Frío.) Significa, querido padre.. ¡déjeme usted que, ahora más que nunca, me ampare de este nombre. ¡El pondrá freno a la emoción que me embarga, y en él confío para que usted me escuche. Ha sido usted conmigo tan injusto, tan... ciego, que bien pudiera seguir siéndolo... ¡aunque esta vez será la última!

Marqués Concluye.

Jacobo A eso voy; a dar fin a esta tortura que sufro hace seis meses. Alardeando usted constantemente de cariño por mí, sólo ha sabido calumniarme. ¡No me hubiera tratado peor mi enemigo! Cuando por cable me demandó usted ayuda para sus quebrantos financieros, lo hizo usted con recelo, como el hombre que conociendo a su deudor, reclama tímidamente el cumplimiento de la deuda, seguro de no cobrarla si la exige con valentía. Al verme aquí, dispuesto *al... pago...*, su asombro me dió bien clara muestra de que se hallaba usted más convencido de su buena suerte que de mi afecto y gratitud.

Marqués (Interrumpiéndole.) ¡Jacobo!

Jacobo (Continuando en el mismo tono.) Cuando rechacé consultas y planos y documentos y... otras mil zarandajas que usted me ofrecía, para demostrarme que el negocio de las minas era excelente, inútil empeño, puesto que yo sabía de antemano que era ruinoso, (A un gesto del marqués.) y aun sabiéndolo, lo acepté

sin vacilar, me tachó usted de loco, atolondrado e inepto. ¡En mi rasgo generoso no *vió* usted nada más! Yo (Con ironía.) era un hombre de suerte..., un borracho de oro..., a quien se podía, sin peligro, dar gato por liebre.

Marqués No puedo consentirte que sigas insultándome.

Jacobo (Sin hacerle caso.) Cuando vino usted a esta casa en busca de su hija, impulsado por habladurías de cuatro maldicientes, llegó usted violento, agresivo; y aún antes de que la imprudente declaración de Pepe, asegurando que Margarita salía de aquí, probase a usted que en efecto, *aquí* había estado conmigo, me insultó usted duramente, suponiendo en mí la ruindad de haber abusado de mi situación, para... comprometer su nombre No quiso usted escucharme, no exigió usted de mí una explicación cariñosa que justificase el porque de mi entrevista a solas con su hija; prefirió usted exigirme una reparación del... supuesto ultraje, haciéndome el verdadero de suponer que, ambicioso de un título de nobleza que no podía ostentar por nacimiento, con artes de villano lo había logrado al fin .. ¡Para lograrlo, me bastaron mi astucia y... mi dinero!

Marqués ¡Basta! ¡No más, no más!

Jacobo Ha de escucharme usted Su intransigencia, su orgullo, me llevaron a un matrimonio... en el que hice sacrificio de mi honor y de mi vida...

Marqués ¿De tu honor?

Jacobo (Sin responder a su pregunta.) Usted sigue pensando que yo soy un bellaco, que vine a España con un ruin objetivo... Pues bien, no; no, señor marqués de Romerales. ¡No, *padre mío!* Yo soy algo mejor de lo que usted ha supuesto. Vine en socorro de usted, no para cancelar deudas de gratitud por auxilios de mi padre...

Marqués (Indignado) ¡Jacobo!

Jacobo Vine (Sin escucharle.) impulsado por mi corazón, por mis recuerdos infantiles; por cariño hacia usted... a usted, ¡mi segundo padre!, y si es cierto que al ver a Margarita

hecha mujer, sentí fortalecerse mi afecto de niño y convertirse en amor grande y purísimo; aquel afecto no lo es, que mi sueño de hacerla un día mi esposa llevase unido mezquino propósito. Sépalo usted. Margarita no ha sido mi novia. Margarita no pudo ser mi amante... ¡Margarita es *mi mujer* y... Margarita no ha sido nunca mía!

Marqués ¿Qué?

Jacobo (Con dolor y fieramente.) ¡Seguimos siendo extraños el uno para el otro!

Marqués ¿Qué dices?

Jacobo La verdad. Margarita fué... una víctima de aquel ¡ladrón! que desfalcó mi caja...

Marqués (Dando un grito.) Di que no es cierto, Jacobo. ¡Dí que no es cierto!

Jacobo ¡Lo es! Aquel miserable robó mi dinero... después de haber robado su honra.

Marqués (Con un arranque de fiereza.) ¡¡Rafael!! ¡¡Rafael!! (Cae anonadado. Transición.) Ay, Jacobo, ¡hijo mío!

(Pausa.)

Jacobo (Dulcificando el tono) Margarita vino aquí a implorar mi perdón para el causante de su desgracia... A pedirme ¡a mí, que la adoraba!, que buscase a aquel hombre, y que, hallado por fin, lograse de él la reparación necesaria...

Marqués ¡Infame! ¡Infame!

Jacobo Y yo, recibí en pl no rostro, como un latigazo, la confesión de Margarita, y con su confesión el derrumbamiento de todas mis ilusiones... ¡De toda la felicidad de mi vida!

Marqués Jacobo .. ¡perdóname!

Jacobo Después de una horrible crisis fuí a ver a Margarita. Usted exigía justa reparación; yo sólo podía negárse a revelando la verdad de lo ocurrido (Pausa.) Ella... prefirió sacrificarme a confesarse a usted.

Marqués Mi hija es una infame.

Jacobo Su hija de usted no meditó bien... o no quiso meditar en las consecuencias de nuestra unión La idolatría que a usted profesa; el temor de causar a usted la muerte con la revelación de su desgracia, pesó más en la balanza de su corazón que el destrozo de mi vida. Después de todo..., ¿quién era yo para ella? ¿Quién soy? Que yo viva o muera, poco puede importarle.

Marqués No, hijo mío; eso, no.

Jacobo Seguramente, aún sigue en su corazón el recuerdo amoroso de... aquel hombre. (Con odio y con dolor al hablar del cariño que él la tiene.) Y yo, ¡imbécil!, que aún sigo adorándola.

Marqués (Mirándole con asombro.) ¡Jacobo!

Jacobo (Fría y dolorosamente.) No como entonces... ¡Hoy acaricio dentro de mí sólo el recuerdo de aquel gran amor perdido... ¡La quiero aún, pero como se quiere a los muertos!... ¡Con el cariño hondo, sereno y resignado, que da la certidumbre de no volver a ver al ser querido..

Marqués Jacobo, de nuevo te pido perdón He sido un ingrato para ti... ¡un infame! ¡Todos hemos sido unos infames contigo!

Jacobo Infames no, pero sí injustos. Los dos me han hecho mucho daño, pero... (Con ironía.) *pagadas* a usted todas las deudas que por herencia me dejó mi padre. . y tomada ¡al fin! la resolución de abandonar España, ¡ahora para siempre!... les perdono.

Marqués ¿Abandonar España... para siempre? ¿Qué pretendes hacer?

Jacobo Intentar, lejos de *ella,* salvar de este naufragio, en que perdí el corazón, algo de mi pobre existencia. Tengo citado a Pepe, a quien haré entrega de amplios poderes para que, como si fuera yo mismo, continúe la marcha de los negocios en la «Banca Manderson y Compañía» mientras usted lo desee.

Marqués No puedo consentir esa generosidad tuya que me humilla y avergüenza tanto o más que la conducta de mi hija. ¿Quieres irte? ¿Quieres abandonarnos? Es justo. Vete, huye de nosotros, aborrece nuestro nombre... Te hemos hecho mucho daño, pero prometo, ¡juro! devolverte hasta lo último de lo que te soy deudor. ¡Ojalá pudiera pagarte la deuda más terrible!... ¡Ah, pero esa... esa, también quedará saldada bien pronto!

Jacobo ¿Qué quiere usted decir?

Marqués Digo que mi hija expiará su delito. Aún no es tarde, para que haga yo en ella la justicia que merece.

Jacobo ¡Ah, eso no; eso no! ¡Cuidado, Marqués!

Marqués Ninguna consideración podrá contenerme. ¿Quién ha de impedirlo?

Jacobo ¡Yo!

Marqués ¡Es mi hija!

Jacobo ¡¡Es mi mujer!!

Marqués (Contemplándole con asombro.) ¡Jacobo!

Jacobo ¡Es mía! ¡Mía! Si desgarrándome el corazón renuncié por su tranquilidad a toda la felicidad que para mí había soñado, si nunca me sentí más orgulloso de la limpieza de mi honor, que el día en que con él pude amparar el suyo... ¿cree usted que voy a cruzarme ahora de brazos, viendo su vida amenazada? No. La defenderé... Contra quien sea.

Marqués ¿Contra mí?

Jacobo (Vacilante.) Contra... quien sea. ¡Contra todos!

Marqués (Dulcemente.) ¡Qué extraño ser eres tú! ¿Qué medida tiene la bondad de tu corazón, que en su grandeza perdona crueles agravios y ampara a quien los infirió? ¿Qué fortaleza es la tuya? ¡Jacobo, eres un hombre extraordinario!

Jacobo Un hombre soy, acostumbrado a mandar.... que hoy obedece al único señor... ¡el corazón! Un hombre soy, que no creyó amar nunca, porque la fiebre del oro no le dejó pensar en el amor... pero que amó por fin; y ese amor, tardío, quizá por eso, grande y único, quebró con su violencia todas sus otras energías. ¿Por qué pregunta usted cuál es mi fortaleza? Mi gran fuerza... es mi debilidad, sépalo usted. No soy como usted cree «un hombre extraordinario». ¡Yo soy... un pobre hombre enamorado, nada más!

Marqués (Abrazándole emocionado.) ¡Jacobo! ¡Hijo mío!

Jacobo Enamorado y... egoísta. ¿Por qué no confesarlo? Margarita, amó... ¡tal vez aún sigue amando! a un hombre... que ya no podrá ser *nunca* de ella... Cuando ese amor... ¡un día! en vez de exaltación sea reposo, dormido recuerdo, al pensar en lo que fué, *su amor* sabrá comprender el mío!

(La puerta por donde hizo mutis Margarita se abre y aparece ella en su dintel emocionada y llorosa, avanza hacia el Marqués y Jacobo, que la contemplan inmóviles.)

Marg. ¡Padre, perdóname! Necesito tu perdón... para poder decir a Jacobo, que es a él a quien amo; le amo con ese amor fuerte y grande, que sospecha tuve a otro, y que no

fué ¡bien lo veo! sino consecuencia inevitable de una libertad peligrosa, no es reproche, padre mío, y una loca inconsciencia, de las que supo aprovecharse un miserable. (Cae de rodillas.)

Marqués Levanta.

Marg. (Besando la mano a su padre) Padre. (Volviéndose hacia Jacobo.) Jacobo... ¡te quiero!... ¡No me dejes, no me abandones!...

Jacobo ¡Margarita!

Marg. Llévame contigo; ningún sacrificio me parecerá bastante para expiar... ¿Qué quieres que haga para probarte que te amo?

(Jacobo saca el telegrama que enseñó en el comienzo de su escena con ella y se lo entrega. Margarita le interroga con la mirada, coge el telegrama y lee para sí. Jacobo la observa con ansiedad.)

Jacobo Lee.

(Margarita da un grito de alegría y corriendo a los brazos de Jacobo, que la besa intensamente, tira al suelo el telegrama.)

Marg. ¡Ah! Ya podré ser feliz... ¡Te quiero! ¡Cómo te quiero! (Queda abrazada a Jacobo.)

Marqués (Recoge el telegrama del suelo y lee en voz alta.) «Policía alemana unión inspectores españoles averiguaron paradero Rafael Salazar. Al detenerle, no pudieron evitar se suicidara. Raffer.» (Telón rápido.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Mariano Golobardas

Lo inevitable, comedia en tres actos.
De telón adentro, boceto de comedia en un acto.
¡Anda la osa!, humorada lírica en un acto y tres cuadros.
Los organilleros, zarzuela en un acto. (1)
Los moscones, comedia en dos actos.
El éxito, comedia en un acto.
Almas ciegas, comedia en tres actos.
Cubriendo las apariencias, paso de comedia en un acto.
Palabra de rey, opereta en un acto y tres cuadros.
La comedia del honor, drama íntimo en tres actos. (2)
El derecho del mal, drama en tres actos.
Lluvia de oro, comedia en tres actos. (3)
Bataclán, escenas de la vida de un payaso, en tres actos. (4)
El único señor, comedia dramática en tres actos. (5)

---

(1) En colaboración con R. Fernández de Castro.

(2) En colaboración con Alejandro P. Maristany.

(3) Adaptación al castellano de la comedia «Pluja d'or» de Alejandro P. Maristany.

(4) En colaboración con Antonio Paso.

(5) En colaboración con Ramón Almicroa.

3 0112 115864842

Precio: 3 ptas.